



AÑO III.

Madrid, 1.º de Octubre de 1878.

NÚM. 21.

DIRECTOR:
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:
calle del Sordo, 29, tercero.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Seis meses.....	11 »
Tres.....	6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.
Seis meses.....	14 »
Tres.....	8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año.....	8 pesos fuertes.
Seis meses.....	4.50 »
Tres.....	2.50 »

ADMINISTRACION:

VILLANUEVA, 6, MADRID,
á donde se dirigirán los pedidos
de suscripciones.

SUMARIO.

Observaciones prácticas de Agricultura, por D. Joaquín Costa.—Otra nueva enfermedad de la vid en Francia, por D. Balbino Cortés.—Gabriela, novela, por Doña Teresa Arroniz y Bosch.—Las fresas inglesas, por D. Estanislao Malingre.—Una excursión á Albaurín y á la colonia de la Campañuela, por D. Augusto Jerez Perchet.—Enseñanza de la agricultura en las escuelas primarias, por D. Manuel G. Llanos.—La Filoxera; tratamiento de las vides enfermas por el sulfuro de carbono, por E. M.—Vides americanas, por E. M.—Bibliografía. *El Libro de la Montería es el Tratado de Venación de D. Alfonso el Sabio*, por J. E. Abascal.—Ecos de París, por Nedoc. Noticias generales.—Noticias de la sociedad.—Noticias de jardinería, por E. M.—Tiro de pichon de Madrid, por Avelino.—Mercado de Madrid.—Cuadrado de palabras.—Anuncios.

OBSERVACIONES PRÁCTICAS DE AGRICULTURA.

I.—Efectos del arbolado en el Alto Aragón.

Todavía se discuten en el terreno de la ciencia y en el de los hechos, esos efectos; pero las corrientes contrarias al arbolado van cediendo mal de su grado el campo, y ganando rápidamente el favor universal las doctrinas que lo proclaman órgano vitalísimo en la economía de la tierra. Los árboles, se dice, son los reguladores de la vida, y como los socialistas y niveladores de la creación. Rigen la lluvia y ordenan la distribución del agua llovida, la acción de los vientos, el calor, la composición del aire. *Reducen y fijan el carbono, con que los animales envenenan en daño propio la atmósfera, y restituyen á ésta el oxígeno que aquéllos han quemado en el vívido hogar de sus pulmones; quitan agua á los torrentes y á las inundaciones, y la dan á los manantiales; distraen la fuerza de los huracanes, y la distribuyen en brisas refrescantes; arrebatan parte de su calor al ardiente estío, y templan con él la crudeza del invierno; mitigan el furor violento de las lluvias torrenciales y asoladoras, y multiplican los días de lluvia dulce y fecundante.* Tienden á suprimir los extremos, aproximándolos á un medio común. Las plantas domésticas encuentran en ellos protección contra el frío, contra el calor, contra el granizo, contra los vientos y el progreso de las arenas voladoras. Almacenan el calor excesivo del verano y el agua sobrante de los aguaceros, y los van restituyendo lentamente durante el invierno y en tiempo de sequía.

Que fomentan las lluvias, no permite ponerlo en duda la experiencia. Los vientos que vienen del mar cargados de humedad, dejan su preciosa mercancía allí donde los convidan á descansar esas

factorías del comercio universal que llamamos bosques. La capa de aire frío que los circunda por todas partes, efecto de la evaporación incesante del agua por la exhalación de las hojas, produce el efecto de un vaso refrigerante, á cuyo influjo el vapor se condensa en nubes, y las nubes se precipitan en lluvia, mientras que su madre, la mar, hizo oficios de generador del grandioso alambique. Y no sólo obran como refrigerante y condensador de los vapores acuosos procedentes del mar, de los ríos, de las tierras cultivadas; son, además, generadores directos de vapor, aumentando la superficie de evaporación del agua de lluvia retenida en su follaje y en el césped y brezos que crecen á su abrigo, y exhalando por las hojas el agua de vegetación absorbida por las raíces. Verdaderas bombas aspirantes, levantan el agua oculta en las entrañas de la tierra por las raíces, y la arrojan en forma de vapor á la atmósfera por conducto de las hojas. Aumentan la masa de vapor acuoso en la atmósfera, disminuyen su temperatura, dificultan el paso de las corrientes aéreas: no hay que decir más para comprender el influjo del arbolado en la producción de las lluvias. El agua que cae en los montes, en los montes queda por lo pronto; no se hinchan con ellos en gran modo las corrientes superficiales; mas luego, poco á poco la van devolviendo en forma de manantiales por el pie, y de vapor acuoso, y á la postre de lluvias, por las hojas, y abasteciendo con ella al pródigo suelo cultivado, que no supo conservar más de algunos días el agua con que lo regalaron las nubes en un día de tempestuosa orgía. Las plantaciones de Mehmet-Ali en el Delta del Nilo han traído consigo treinta y seis días más de lluvia al año, donde antes no llovía sino seis veces por término medio; por causa de los descuajes había descendido el nivel del lago de Tacarigua, desde Hernandez de Oviedo hasta Humboldt, en tal extremo, que muchas de sus islas quedaron fuera del agua, hechas continente, y las poblaciones de las orillas habían tenido que trasladar su asiento varias veces, siguiendo la marcha descendente de la superficie líquida: ascendió ésta de nuevo, recobrando sus antiguos dominios y obligando á la población á retroceder, después del viaje de Humboldt, á causa de haber sido abandonados muchos cultivos en las faldas de los montes que cierran el valle de Aragón, los cuales se repoblaron de bosque espontáneamente. Así, pues, la ley de la distribución general del agua en el planeta se especifica, se hace

local, gracias al arbolado, y las lluvias adquieren con él un carácter de uniformidad que les permite sujetarse á prevision y á cálculo.

Los bosques son el proveedor universal de los manantiales. Hacen más esponjoso y más absorbente el suelo; la mullida alfombra de césped que se tiende á su sombra, lo consolida; los brezales aprisionan como otras tantas redes las hojas secas; y las hojas, obrando como esponja, retienen el agua de lluvia y la obligan á filtrarse á través de la roca, hasta los depósitos formados en las entrañas de los montes, ó á derramarse por los estratos inclinados que la llevan á largas distancias. Las torrenteras están en razón inversa de los bosques, como las tinieblas están en oposición con el sol; son incompatibles: se descuaja el monte, y al punto se abren torrentes por do quiera, y por su cauce se precipita la tierra vegetal, y los ríos se hinchan, inundan y devastan campiñas, matan hombres y animales: repóblanse los montes, y las torrenteras desaparecen como por encanto, y las antiguas fuentes, nuevamente surtidas, vuelven á manar. A menos árboles, más torrentes; á más torrentes, menos manantiales: ésta es la cadena. Como el potentado consume en un día de orgía lo que pudiera ser el patrimonio y el sustento de cien pobres en un año, así el pródigo torrente lleva en una hora al cauce desbordado de los ríos el turbio caudal que estaba destinado á destilar por las hendiduras de las rocas y las raíces de los arbustos y de los árboles, en la escondida urna que nutría en lo más ardiente del estío las fuentes y los ríos, y daba impulso á las fábricas, salud á las poblaciones, vida á los cultivos. El caudal de los manantiales y, por consiguiente, el número de ellos, es doble en los terrenos poblados que en los desarbolados: primero, porque del agua llovida se infiltra en aquéllos mucho mayor cantidad que en éstos; y segundo, porque el derretimiento de las nieves se verifica más lentamente en los montes que en los yermos y páramos, y por lo mismo, se infiltra en ellos una cantidad mayor del agua producto de la fusión. Bosch cita multitud de fuentes que se han secado en los valles de Montesa y Aguas-vivas, á causa de haber sido desarbolados los montes de donde brotaban; Boussingault y Ruiz Amado refieren hechos de desaparición y reaparición sucesiva de unos mismos manantiales por consecuencia de descuajes y de repoblación de unos mismos montes, el primero en la isla de la Ascension, el segundo en la cuenca del Francolí; y yo podría

Citar análogos y numerosos ejemplos en el pequeño valle de Secastilla y Volturina, en el Alto Aragón. Ahora, menguando ó agotándose el caudal de los manantiales, no se alimentan los regatos, éstos no pueden pagar su acostumbrado tributo á los arroyos, con nada pueden contribuir los arroyos á mantener el curso de los ríos; y por este camino, los ríos degeneran en riachuelos, los riachuelos en torrentes, los torrentes en regatos y arroyos ramblizos, éstos en sosares, y en torrenteras, y en cauces eternamente secos: toda esta escala ha ido recorriendo, en su rápido declinar, el Xanthus, desde río navegable que fué, á cauce seco que es hoy. La población va descendiendo poco á poco, desde el agua clara corriente, á la estadiza y atarquinada; y cuando el aljibe y la charca se agotan, los carros tienen que atravesar leguas y leguas de un suelo caldeado en busca de ese licor de la vida, más precioso para ellos que el pan; del Gállego tiene que proveerse actualmente la rica villa de Almudébar, situada á 20 kilómetros de aquel río, y hay poblaciones en la provincia de Huesca que tienen que ir más lejos á adquirir el agua para todos los usos domésticos: en otros lugares, como Tardienta, se ha reunido el Concejo para distribuir el agua del aljibe municipal, situado á hora y media, y no han logrado salir á cántaro por familia. Parecen plazas bloqueadas; y es que los montes devastados toman represalias, nunca más legítimas. ¡Hablad aquí de progresos agrícolas y de población rural! La población rural supone la fuente, como la fuente al árbol. ¡Hablad aquí también de industria! Menguando el número ó el caudal de los manantiales, degeneran en áridos secanos muchos huertos que se fertilizaban con sus aguas; y muchas fábricas tienen que alzar su maquinaria, privadas del motor hidráulico que les daba el impulso: tal les ha sucedido á los bocartes de Marmato, á algunos molinos de Bocariente, á algunas fábricas de La Riba, desde que fueron despojados de sus pomposas selvas los montes de San Jorge, en Italia, de Mariola y Poblet en España.

Obran también los bosques á modo de mares interiores, moderando las temperaturas extremas. Refrigeran el aire en el verano y lo entibian durante el invierno; así como en un pozo, la temperatura del agua y del aire se mantiene casi uniforme en todo tiempo, pareciéndonos por esto fresca en el estío y templada en el invierno, así los bosques levantan termométricamente la superficie del suelo á la altura de las copas, y cierran un espacio ménos expuesto á las variaciones atmosféricas que el espacio circundante. Mantienen el aire saturado de humedad, evaporando lentamente el agua que en los suelos desnudos desaparece en obra de días ó de horas; multiplican la superficie de emisión calorífica á los espacios; refrescan el aire interarbóreo, interceptando el paso directo á los rayos solares y á las corrientes aéreas que los suelos descubiertos han caldeado; determinan brisas frescas de montaña durante las horas de más calor. En el curso del día, disminuyen la acción calorífica del sol y la frigorífica de la radiación nocturna; en el curso del verano, obran como refrigerantes por dos vías diferentes, evaporando grandes masas de agua que hacen latente el calor sensible de los árboles y del aire, y descomponiendo el ácido carbónico por el acto de la vegetación, que transforma igualmente el calor solar haciéndolo pasar á estado latente; en invierno, por la combustión de sus ramas, lo convierten de latente en sensible; pudiendo decirse con propiedad que almacenan el sobrante de los calores estivales, para protegernos contra los frios rigurosos del invierno; prenden al sol entre las mallas de sus tejidos, para que no nos abra-se durante el verano, y lo dejan en libertad en nuestras chimeneas en la estación cruda, para restituir su flexibilidad á nuestros ateridos miembros. Libre en parte de la radiación celeste y de la acción perniciosa de los vientos septentrionales, el aire interarbóreo conserva una temperatura más elevada que el aire exterior, y no tardan en participar de ella las plantas que crecen al lado ó en medio de los bosques, gracias al comercio que establecen entre ellos las brisas de montaña y la emisión directa. Las plantas que temen los ardores estivales, buscan espontáneamente la sombra protectora de los árboles; aquellas que padecen del frío y de los vientos, se abrigan también detrás de los matorrales y espesuras. El labrador recibe esa

lección de la Naturaleza; y cuando el andaluz trata de cultivar legumbres en invierno para la exportación, principia por resguardar de los vientos de Norte y de Poniente sus siembras ó sus plantaciones con empalizadas de ramas ó de cañas. Aprovechando la radiación calorífica de un bosque, consiguió Becquerel que madurase la viña en el Loiret, cuyo clima no es propicio á este linaje de cultivos. Con la desaparición de las selvas, se hace imposible en ciertas regiones el cultivo de aquellas plantas que hacían de ellas inexpugnable baluarte contra las heladas tempranas y las variaciones bruscas de temperatura.

También ejercen dominio sobre los vientos: quebrantan su fuerza, sirviéndoles de elástico muro y valladar, infinitamente diversificado en troncos y ramas; defienden contra sus perniciosos efectos las poblaciones y los cultivos establecidos bajo su protectora égida; dan firmeza á las móviles arenas, y garantías de vida á las humildes yerbecillas y arbustos que las traban con sus raíces y empiezan á darles aquella consistencia propia de los suelos arables; por su medio, Steffens y Bremontier protegieron los cultivos y utilizaron las dunas del país de Eifel y las landas de Gascuña; por su medio, se han resguardado en Sanlúcar y otros puntos de nuestras costas meridionales, cultivos y poblaciones que las arenas voladoras invadían con ímpetu irresistible; los árboles del Frisch Nehrung fortalecían y sujetaban en otro tiempo las dunas que separaban del Báltico el golfo Frisch Haff; pero en cuanto los derribó el hacha codiciosa de un señor, el viento ha empezado á empujar las arenas sobre el golfo, hasta convertirlo en inmenso pantano cubierto de algas, ha imposibilitado la pesca, antes tan productiva, y amenaza concluir con la navegación entre Königsberg y Elbing.—Por el extremo opuesto, determinan los bosques brisas intracontinentales, que imprimen al aire una agitación saludable, y establecen un comercio ventajosísimo entre la temperatura y la humedad del aire de montaña por una parte, y el aire de las superficies cultivadas y desnudas de árboles por otra; con ellas, refrescan el ambiente exterior durante los calores estivales, y lo dulcifican y templan cuando empieza á obrar la radiación celeste.

El terreno suelto é incoherente, lo fijan con sus entrelazadas raíces; el consolidado, impiden que lo disgregue y remueva la fuerza erosiva de las aguas y lo arrastre al mar la violencia de los aguaceros. Los árboles son como clavos inmensos en la atmósfera y en el suelo: con sus troncos, prestan cierta solidez á las capas inferiores de la atmósfera, hurtándolas á la caprichosa movilidad y á las variaciones de la masa general, imprimiéndoles una especie de individualidad, haciéndolas en cierto modo independientes de las demás: con sus raíces sujetan el suelo vegetal á la roca, y la roca á los estratos subyacentes, por encima de los cuales resbalaría aquella más de una vez, llevando consigo casas y cultivos, si no lo impidiesen esos benéficos auxiliares y conservadores del orden del mundo.

Son el filtro químico á través del cual pasa el aire, dejando todas sus impurezas y restableciendo la composición normal de la atmósfera que respiramos: de la despoblación de los montes es hija maldita la malaria y su fúnebre cortejo de enfermedades, que han embrutecido y diezmando la población en la que fué feracísima patria de los volscos. Agente no sólo terapéutico, sino preservativo además, de la Naturaleza, son el único paragránizos que puede regular la electricidad atmosférica y librar los cultivos del terrible hidrometeoro, sea que obren físicamente sobre el fluido eléctrico de las nubes, sea mecánicamente sobre la dirección de las nubes tempestuosas.

Y no se limitan á extender su protectora tutela sobre aquellos vegetales domésticos que nos suministran el pan de la vida; que también ellos son á veces las pródigas nodrizas de la humanidad, y como incansables obreros que en el inmenso laboratorio de la tierra fabrican ricos y sustanciosos frutos, para que el hombre descanse de las fatigas de su cuerpo en el provechoso cultivo del espíritu. A medida que el sol va pasando por su meridiano, el taitiano corta un eurus del *artocarpus* que da sombra á su cabaña, y lo asa para comerlo; el indio derriba de un machetazo un *platanero*, y distribuye el racimo de bananas entre los miembros de la familia; el berberisco pide á la *palmera* un

puñado de dátiles, y enteros ó reducidos á harina, le sirven de casi exclusivo alimento; el corso llena en el monte del procomún su alforja de *castañas*, y las macera con la leche de sus cabras, ó las cuece en forma de pan ó de polenta; y pocas horas después, el brasileño indígena arranca las raíces del *manioc*, y las tuesta debajo de la ceniza. En un minuto han obtenido, merced al arbolado, lo que á nosotros, sublimes inventores del arado, rendidos amantes de la dorada Cérés, «sembradores de semillas pequeñas», nos cuesta muchas horas: el pan nuestro de cada día. En Méjico, el cultivo del plátano es al del trigo como 3 es á 400: en una área superficial, caben en número de 40, y producen 2.000 kilogramos de frutos suculentos; de trigo, podrían cosecharse á lo más 15 kilogramos. En razón inversa de estos rendimientos está el concurso que los árboles reclaman del cultivador durante el proceso de la producción; según Roscher, bastan al mejicano dos días de trabajo por semana invertidos en sus plantaciones de bananeros, y tres días por año al indígena de la isla de Pascuas, para proveerse con lo necesario al mantenimiento de la vida; al decir de Cook, diez *artocarpus* ó árboles del pan alimentan una familia en la Océanía; y Tommaseo asegura que con seis *castaños* y seis cabras y el agua de una fuente, tiene el córsico reunida toda la riqueza que necesitan. La lección no es para desaprovechada, por más que no hayamos de volver á una edad ovidiana, donde *per se det omnia tellus*, y el hombre se sustentaba, como dicen autores griegos y latinos que se sustentaban los primeros progenitores de la gente española: con bellotas cocidas al rescoldo ó amasadas á modo de pan.

Vivos, regulan con sus funciones la vida de la Naturaleza; muertos, regulan con sus despojos la vida social. Vivos ó muertos, los árboles nos acompañan do quiera en el curso de nuestra vida, como si fuesen una dilatación de nuestro cuerpo ó el ángel tutelar de nuestro espíritu. Al nacer, nos reciben cual madre cariñosa en las cuatro tablas de una cuna; al morir, nos recogen cual clemente divinidad en las cuatro tablas de un ataud, y nos restituyen al seno de la tierra, de donde ellos y nosotros hemos salido; y desde la cuna hasta el sepulcro, no hay minuto en que podamos declararnos independientes de ellos, ni órgano de la casa que no se reconozca pariente suyo en línea recta, ni átomo de su cuerpo que no sirva á alguna de nuestras necesidades. Conforme progresan éstas, la virtualidad del árbol se desenvuelve en nuevas manifestaciones, y progresa también: llega un día en que no necesitamos de sus valientes troncos para sostener el techo de nuestras viviendas, porque los ha destronado el hierro, ni de sus pródigas ramas y jugos para cocer nuestros alimentos y ahuyentar el frío y las tinieblas de nuestras habitaciones, porque los ha suplantado en estos oficios el carbon mineral; pero entonces su potencia se metamorfosea, y el árbol se convierte en vehículo de nuestras ideas y medio de comunicación entre los hombres, en el poste del telégrafo y el papel de madera. Lo que ayer era negro carbon, es ahora blanca hoja de carta y de periódico. Ayer calentaba los cuerpos; ahora ilumina las inteligencias. Ayer congregaba en torno del hogar los miembros dispersos de la familia; hoy reúne en la santa comunidad del pensamiento á todos los pueblos y razas que componen la gran familia humana. Muriendo la muerte de la Naturaleza, el árbol se ha dignificado, ha adquirido una vida superior; de tosca materia, casi se ha convertido en espíritu.

Los árboles son la tradición, el elemento conservador; los cereales y viñas la reforma, el elemento progresista. Ahora bien, tradición y progreso son factores esenciales de todo presente, si no ha de estancarse en la muerte ni precipitarse en la ruina. Ni demasiado, ni demasiado poco: estos dos extremos en el arbolado engendraron las eternas fiebres de las Lagunas Pontinas y las de la isla de Java. Cohibir el progreso, es fomentar la muerte ó incubar los gérmenes de la revolución; destruir la tradición, es suprimir el áncora que modera los impulsos motores en la máquina universal, ó dar alas á la reacción. Y en plena reacción estamos en materia de árboles, lo mismo que en materia de libertades; nuestro pueblo no ha sabido conservar éstas, y ha ayudado á extirpar aquéllas, y no urge ménos restaurar los unos que las otras. Sucedió en

Prusia, á principios de siglo, que se dieron á exterminar los gorriones por bando de buen gobierno, fundándose en que comían mucho trigo; mas luego de exterminados advirtieron que, más que trigo, devoraban insectos cereófagos, y entonces hubieron de pedir con instancias gorriones á Francia y fomentar su cria, porque sin su poderoso auxilio no podían cultivar el trigo. En este punto nos llamamos nosotros: hemos talado el arbolado, porque ocupaba el espacio que se juzgó necesario para el cultivo de viñas y de panes, y ahora sentimos la necesidad apremiante de restablecerlo, porque sin él no hay certidumbre ni regularidad en los vientos ni en las lluvias, ni corren los manantiales para beber, ni los ríos para regar, ni las acequias para poner en movimiento nuestras fábricas. El Ayuntamiento de la Espluga (Gerona) hubo de repoblar un monte para conseguir la reaparición de los antiguos manantiales que daban vida á la población, y que se habían secado casi por entero; el gobierno inglés ha debido repoblar apresuradamente algunos montes de la Australia para restablecer el nivel de las antiguas lluvias, que había descendido á mitad en el pluviómetro. Ha sido preciso retroceder. Y no hay otro camino que éste: para los árboles no hay *sucedáneos* como para el café; en el ejercicio de las funciones que desempeñan en el mundo, sólo pueden sustituirse y heredarse ellos mismos. El trigo ha ido trepando por las laderas de los montes, invasor y absorbente como lo son todas las democracias; retroceded, retroceded aprisa, revolucionarios mal aconsejados, en busca del elemento moderador, y vaya desalojando de nuevo el arbolado al trigo, de esas regiones usurpadas, y restaurando el curso regular de los meteoros, que las talas y los descuajes han envuelto en la confusión y el desorden.

Para comprender los efectos y la consiguiente importancia del arbolado, no hay como recorrer con algun detenimiento un país de montaña, observar el terreno, las reliquias de los antiguos montes y el actual lecho de los ríos, consultar la sabiduría popular, interrogar á los campesinos acerca de las mudanzas observadas por ellos en el curso de los hidrometeoros, coordinar noticias y fechas sobre roturaciones y manantiales... Entonces, lo que ántes habíamos tomado por declamaciones huecas inspiradas en tirana y tornadiza moda, ó á lo sumo, exageradas hipótesis de un hecho indiscutible, nos parecen pálidas pinturas de una realidad alarmante y amenazadora. Entonces, la duda desaparece, la creencia se hace convicción, y el ánimo se sorprende ante la magnitud del peligro, y se irrita ante la pequeñez del remedio con que entienden precaverlo los gobernantes. ¡Son muy elocuentes los hechos! Durante una excursión que acabo de practicar por la región montañosa del Alto Aragón, estudiando los Dialectos, la Poesía Popular y el Derecho Consuetudinario de este país, original sobre toda ponderación, he tenido ocasión de escuchar los lamentos del pueblo campesino, y de registrar por incidencia algunos hechos más ó menos relacionados con el gravísimo problema del arbolado. Y como toda predicción es poca, tratándose de cuestiones sociales de tanta trascendencia como la presente, y de pueblos tan inactivos y fatalistas como nuestro pueblo, regido á dicha por gobiernos que rivalizan con él en desidia é inactividad, pareceme que no estará de más un breve resumen de algunas de esas observaciones, que vayan á aumentar el catálogo de las ya conocidas, y labren lo que fuere posible, si lo es algo, en la opinión pública, y en el ánimo de los llamados á interpretarla en la legislación.

a) Influencia del arbolado en la sabiduría popular.

Ya ántes de ahora he analizado los caracteres lógicos del saber popular, declarado en su literatura, refranes, cantares, máximas, etc., á diferencia del saber teórico, consignado en obras especiales, hijas de la reflexión científica (1). Entre esos caracteres, es acaso el fundamental la *objetividad*. El criterio por excelencia que resplandece en los

juicios del pueblo, es la experiencia: su medio de conocimiento, la observación exterior: los principios que consigna, principios ante todo históricos, positivos, experimentales. Se constituye en pantógrafo del mundo exterior, en eco y resonancia de la realidad sensible. Nada de personal ni de subjetivo en sus afirmaciones: traduce en cánones científicos la verdad de las cosas, del mismo modo que reproduce su faz exterior una cámara oscura, y tal como se pinta en la placa sensible de la fantasía colectiva. El que formula un principio de ciencia popular, un adagio, v. gr., interpreta el sentimiento público, vive en el espíritu de la universalidad, dice lo que todos saben ó sienten, y precisamente por esto, aquella fórmula se hace de uso general como criterio positivo de conocimiento, y entra á formar parte del tesoro científico del sentido común. Y de tal suerte se paga de ellos, que ya no piensa en penetrar los impulsos motores de aquellos hechos, de aquellos fenómenos, que admite en clase de leyes y principios, y que le bastan para las necesidades ordinarias de la vida. Me explicaré con un ejemplo. Como á 20 kilómetros al Norte de la ciudad de Huesca, corre, siguiendo la dirección de un paralelo, la sierra de Guara: el punto más elevado de toda ella es el pico Gratal; el que le sigue en orden de altitud, hacia la derecha, se denomina Guara: á la izquierda, se abre la garganta de la Gorgocha, por donde atraviesa el río Gállego. A unos 130 kilómetros de distancia, en dirección Oeste, levántase majestuoso é imponente el Moncayo, cuya cima se descubre desde Huesca en días muy despejados, y á las horas en que la atmósfera está más pura y diáfana. Hacia el SE., vecina del Cinca, se encuentra la ciudad de Monzon, y hacia el S., la villa de Pina, bañada por el Ebro. Pues bien: el pueblo ha tomado estos diferentes lugares como puntos de referencia para significar en forma topológica el modo como obran los fenómenos meteorológicos que son objeto constante de su preocupación, y dice: *Gratal con gorro* (de nubes), *agua hasta el morro*. — *Gratal con montera*, *agua en la ribera*. — *Cuando Moncayo se acerca*, *la lluvia se aleja*. — *Aire de Pina*, *llena las vadinas* (ó lluvia fina). — *Oscuro en la Gorgocha y ventana hacia Monzon*, *agua en Aragón*. — *Cuando Guara lleva capa* (alude á la nieve) *y Moncayo capiron*, *buen año para Castilla, y mejor para Aragón*. — *Si no fuese por Guara y por Turbon* (alude al cierzo), *no habria reino más rico que seria el de Aragón*. — *El cierzo y la contribucion*, *tienen perdido á Aragón*, etc. El pueblo ignora que el viento procedente del Mediterráneo va cargado de vapores acuosos, asciende saturándose más y más por el río Ebro, y al chocar en la sierra de Guara con el soplo helador del cierzo, se condensan aquéllos y se precipitan en benéficas lluvias que riegan la hoya de Huesca y todo el somontano; ignora que los vientos del Norte son secos, porque han sido despojados de su preciosa carga al atravesar las comarcas septentrionales, y en último término, al salvar las primeras estribaciones pirenaicas; ignora la acción de las montañas como causas mecánicas y como obstáculos que se oponen al libre paso de los vientos y mudan su dirección y su temperatura; la relación de la altitud con la temperatura y el régimen de los vientos; el influjo de aquélla y de éstos en la formación de las nubes y en su condensación; el vínculo que enlaza los vientos húmedos con las nubes que coronan los picos elevados de las montañas; el poder atractivo de éstas respecto de aquéllas; las causas de la transparencia de la atmósfera y de las aparentes variaciones producidas en la distancia que separa los objetos, y acaso, hasta la razón de solidaridad entre la nieve de las montañas y la vegetación de las comarcas próximas le es desconocida. Observa sencillamente la relación de simultaneidad ó de sucesión entre dos fenómenos meteorológicos, y sin elevarse á las causas de esa relación, toma el hecho por principio, y lo traduce en un apotegma de carácter local ó general. Las generaciones que vienen detrás, no alcanzan mucho más que aquella que formuló el primitivo concepto; lo aceptan como una revelación infalible hecha por los antepasados y descansan en él como en un axioma fuera de toda discusión.

Mas por lo mismo que los refranes (al igual de los demás géneros poético-populares) se fundan en

la observación, y son una traducción en cierto modo mecánica del mundo exterior, dicen efectos y no causas, declaran lo que las cosas son en alguna de sus manifestaciones externas, mas no lo que son en su interior *esencia*. Resulta de aquí, que cuando la manifestación cambia, cuando la decoración de ese mundo reflejado en el espejo del Refranero sufre alguna repentina mudanza, cuando el nómeno se revela en un género de fenómenos distinto del ordinario y secular, el sentido común queda como aturdido y ofuscado, pierde su orientación al ver en desacuerdo el mundo sensible con las nociones tradicionales referentes á él, y no acierta en mucho tiempo á des acostumbrarse de ellas, y camina á ciegas, hasta que con el trascurso del tiempo, la observación repetida de los nuevos fenómenos lo pone en aptitud de enlazarlos por algun modo de asociación, de formularlos en un dicho ó sentencia que haga veces de ley, y mediante ella, explicarlos y predecirlos.

Ahora bien: si el arbolado ejerce tan poderosa y decidida influencia como he dicho, en los hidrometeoros, el efecto inmediato de la despoblación de los montes ha debido ser el alterar su curso; y entonces, el Refranero meteorológico del país debe encontrarse desmentido á cada paso por los hechos y ser mirado con recelosa desconfianza por los labradores, archiveros natos de esta rama de la literatura popular. ¿Confirman los hechos esta consecuencia, hija de la especulación racional? Este problema es por de más curioso é interesante: de contestarse afirmativamente, se habria aumentado con una más el catálogo de causas y modos que determinan la vida interior de los Refraneros populares, y se habria verificado (como se dice en Matemáticas) la teoría de la acción física del arbolado sobre los hidrometeoros.

JOAQUIN COSTA.

(Continuará.)

OTRA NUEVA ENFERMEDAD DE LA VID EN

FRANCIA.

Como siempre nos hemos propuesto dar la mayor publicidad en EL CAMPO á todo cuanto pueda interesar á la agricultura, hé aquí, respecto á una nueva calamidad que para los viticultores se ha presentado en Francia, lo que dice Mr. A. Leclerc, director del laboratorio agronómico de la *Sociedad de agricultura de Francia* en su informe á Monsieur Blanchard, presidente de la misma y director de la magnífica colonia de Mettray:

La vegetación de la vid en ciertos terrenos del departamento de Indre-y-Loire (Junio 1878) presenta un carácter especial que algunos han llamado enfermedad; porque varias cepas en buenas condiciones de vegetación se han marchitado, perdiendo el lozano desarrollo que las caracterizaba, y que es extraño que estas mismas cepas no sólo se hallen diseminadas en diferentes localidades, sino que no presentan los caracteres que denuncian la existencia de la terrible enfermedad producida por la filoxera. Esto es lo que se ha observado en el Mediodía de Francia y calificado con el nombre de *foliage-arrebaté*, aunque en realidad la causa positiva no haya sido hasta ahora convenientemente determinada.

Verdad es que un exámen minucioso de las vides enfermas ha sido suficiente para adquirir el conocimiento exacto de que la causa del mal ni procedía de la filoxera ni de ninguna clase de vegetación criptogámica; porque las raíces nada han sufrido hallándose intactas, ni se ha visto en ellas el menor vestigio del citado insecto. Sólo en algunos casos aislados se ha observado en diferentes raíces un *mycelium*, materia rudimentaria de los hongos, que examinadas escrupulosamente con el microscopio, se ha visto que no habia ejercido alteración alguna ni en la corteza ni en el tejido leñoso de las mismas. El resultado de las observaciones que con toda escrupulosidad se han hecho son las siguientes:

1.º Que se ha visto también en las cepas sanas este miceliom-*mycelium*.

2.º Que se desarrolla sobre la corteza que se pudre de vejez.

En la parte leñosa de las cepas muertas tam-

(1) *La Poesía popular española*, cap. II, Revista de España, Junio, 1877. — *Agricultura espectral y agricultura popular*, p. II, Revista de España, Octubre, 1877.

bien se ha observado un color rojizo de hojas más ó ménos subido, aunque no ha sido difícil adquirir la evidencia de que esta coloracion era el resultado de la descomposicion de la savia que producía la destruccion de la planta.

Es evidente que si se quita la corteza á una raíz tan luégo como se vea que tiene enfermo su tallo, se verá que no aparecen síntomas de alteracion, y que sólo al cabo de algunas horas, cuando la savia deja de circular y entra en fermentacion, es cuando la fermentacion se desarrolla.

¿Cuál es, pues, la causa del mal?

Un fenómeno felizmente raro y aislado que lo considero como un accidente fisiológico cuya explicacion no puede ser más fácil.

En primer lugar, por las abundantes lluvias que han impedido que el suelo se calentase produciendo en la atmósfera una saturacion excesiva de vapores acuosos que eran la causa de que el cielo de la Touraine estuviese siempre cubierto.

En segundo lugar, que la vid, si se quiere, ha vegetado materialmente á la sombra, y que en estas condiciones sus tejidos no han adquirido la resistencia que el calor solar le hubiese dado, impidiendo que la humedad se estacionara en ellos.

Por último, que la atmósfera, habiendo estado frecuentemente húmeda, la evaporacion de la planta por medio de sus hojas y tallos ha debido ser escasa, pues segun las expresiones de Mr. J. Bous-singault (1) y las que desde hace cinco años estoy haciendo contra la opinion fundada en ensayos inexactos hechos por M. Deherain, la vid evapora bajo la influencia del aire húmedo ménos que con el seco. Los experimentos del célebre fisiologista Mr. J. Sachs (2) tambien han probado que la traspiracion aumenta á medida que sube la temperatura del suelo. Por lo tanto, la circulacion del agua entre las raíces y la parte leñosa ha debido ser lenta en cuanto á que la evaporacion tambien lo ha sido, y esto fácilmente se investiga midiendo la cantidad de agua que pasa por las raíces y la que por el aire húmedo se evapora.

En atencion á lo expuesto, creo que el daño que sufren las vides es un accidente fisiológico y no una enfermedad, porque muchos son los ejemplos que confirman mi hipótesis.

1.º Porque si se disminuye tanto cuanto sea posible la evaporacion de las cepas atacadas parcialmente, suprimiendo un número suficiente de hojas se paralizará el mal; así es que yo he curado con esta supresion unas veinte cepas enfermas así como sus sarmientos.

2.º Que los cereales pueden padecer la misma enfermedad.

3.º Que hay especies de vides cuyo sistema radicular más ó ménos desarrollado produce en las cepas superficies de evaporacion.

4.º Que haciendo una incision en el cuello de la cepa, se halla poca ó ninguna savia sobre los piés sanos ó atacados parcialmente, mientras que sobre los muertos es abundante despues de algun tiempo. Esta es la consecuencia precisa en el primer caso de una evaporacion exagerada, así como de la supresion de la traspiracion del suelo. Sabido es que el sistema radicular con la muerte deja de funcionar.

5.º Si mi hipótesis es verdadera, las cepas jóvenes deben ser atacadas las primeras y despues las viejas. Estas concisas consideraciones fisiológicas sobre las cuales he debido fundarme para establecer lo expuesto, exigen un trabajo mucho más extenso que el que me he propuesto desempeñar en este informe.

6.º La naturaleza y coloracion del suelo tienen tambien su influencia bajo el punto de vista calorífica, aunque esta misma influencia sea difícil poderla determinar.

Desgraciadamente son conocidas las consecuencias de esta nueva enfermedad que ocasiona la pérdida total de su fruto, aunque no del todo la cepa, por conservar ésta sanas muchas de sus raíces, y nuevos botones ó yemas se pueden fácilmente desarrollar sobre el tronco viejo ó los sarmientos del año.

Creo que los viticultores podrán salvar sus vides enfermas ó atenuar al ménos considerablemen-

te el mal disminuyendo en ellas la evaporacion por medio de la supresion de un número suficiente de hojas de las que se hallan más cerca del tallo, con tanta más razon en cuanto á que los retoños de entre las mismas hojas se encuentran ya desarrollados. El número de hojas que deberán dejarse en la extremidad de cada sarmiento, no puede determinarse de un modo preciso, y sólo teniendo en cuenta el vigor de la planta y los progresos del mal es como se podrá adoptar aquello que más convenga. Las hojas deberán ser cortadas cerca del limbo, para que sea más pronta la cicatrizacion.

Segun este razonado informe del eminente agrónomo Mr. Leclerc, resulta que esta nueva enfermedad de la vid es producida por las condiciones húmedas de la atmósfera, y que rara es la comarca en España donde las vides puedan hallarse expuestas á esta nueva calamidad.

BALBINO CORTÉS.

GABRIELA,

NOVELA ORIGINAL

DE LA

Señora doña TERESA ARRONIZ y BOSCH,

autora de la novela MARI-PÉREZ, premiada por la Real Academia Española.

Bajo el imperio de su primera impresion, sin tiempo para dominarla y reponerse, el criado separó el *portier*, hizo su anuncio, y Gabriela deslizándose entre la roja y plegada colgadura de terciopelo, entró en la zona de luz que describía la magnífica lámpara de bronce colocada en la mesa, centro del salón.

En el primer momento no pudo reconocer las personas que habia; solo vió á la Baronesa que se adelantaba á recibirla saliendo del grupo de señoras que permanecía unido, y sobre el que descollaba la cabeza de un hombre retirado al extremo opuesto del sofá.

La Baronesa le estrechó la mano, la besó en la frente y la presentó con ceremonia á las señoras. Estas le cedieron sitio, y Gabriela le tomó en el sofá, quedando la Baronesa á su lado. Entónces pudo hacerse cargo de las personas que acompañaban á su amiga, y entre las que se calificaba á Castro de la terrible manera que lo habian hecho. Estaban la Duquesa de Lalin, la de Fuen-Mayor, la Marquesa de Ricayo, la señora de Valduerna, la de Pino, la de Quirós y Bracamonte: la representacion genuina de la buena y alta sociedad madrileña. Ninguna de las señoras le era desconocida; al contrario, con las cuatro últimas habia tenido esas relaciones superficiales que se contraen en los salones, y que habia roto desde su retirada á la calle de Noblejas.

Sentada en el centro del sofá, deslumbrando con su belleza, con su juventud aún en flor, con su elegancia, con su gracia, con el encanto que se desprendía de su mirada, de su sonrisa, de su expresion; Gabriela, siempre dueña de sí misma, siempre amable, siempre oportuna; Gabriela, á quien la Baronesa, gozosa y agasajadora, rodeaba de atenciones, desplegando con ella lo que hay de más afectuoso en el sentimiento, de más delicadamente exquisito en la forma; Gabriela, se encontraba violenta, cortada, un poco trémula; sentía indefinible, profundo malestar, algo semejante á la irritabilidad nerviosa que precede casi por regla á las grandes crisis de la vida. Aquellas seis señoras sumidas de repente en el silencio, tomándola todas por blanco de sus miradas, en particular y con cierta afectacion compasiva, la señora de Pino, que, segun la del Castillo, tanto se interesaba por ella, la contrariaban, la molestaban, la imponían; y en su reprimido disgusto, la frialdad y la reserva sustituían á su dulzura, á su espontánea ternura y delicadeza, á su comunicativa y agradable condicion.

— ¿Y Castro?, le preguntó la Baronesa con cariño.

— Acaba de dejarme en la puerta, contestó; hubiera subido ahora, pero prefiere darte mañana el último adiós.

— Muy bien hecho: la primer despedida se bor-

ra con las siguientes; la postrera toma asiento en el alma.

Dirigióse á Bracamonte, próximo á la Duquesa de Lalin, y añadió:

— Si alguna vez deja V. á Madrid, reclamo el mismo privilegio que Castro me concede.

— Prometido y jurado, respondió Bracamonte con prontitud, aunque vaya huyendo de mí mismo.

— ¡Muchas gracias, muchas gracias, muchas gracias! Dios me concede una noche feliz, una noche de favores.

— La última del año, observó la Duquesa de Fuen-Mayor.

— Verdad: con eso no temo en las satisfacciones que la consagran, reveses ni veleidades.

Corrieron algunos instantes, en cuyo breve transcurso pareció aligerarse la pesada atmósfera que la aparicion de Gabriela habia creado: reapareció la cordialidad, se habló de todo, quedando Bracamonte medio eclipsado. Las señoras usaban y abusaban de la palabra, eso sí, con gran ingenio y donosura. De repente la señora de Pino tomó la hebra de oro de la conversacion, y rompiéndola bruscamente, ni más ni ménos que niño enojado, dijo:

— Pero, Bracamonte, ¿cuántos hilos conductores hay de la platea número tres á la platea número uno?

El silencio se restableció como por encanto, pero profundo y absoluto.

Bracamonte presintió lealmente el golpe, y disponiéndose á pararle sereno é impenetrable como de costumbre, contestó interrogando:

— ¿De dónde?

— Del *Real*.

— No sé...

— ¿No?

— Yo no he visto ninguno.

— ¿Luégo V. no se siente atraído?...

— ¿A dónde?...

— Al foco... es decir: á la platea...

— ¿Número tres?

— Sí.

Y mirándole frente á frente, añadió con acento ligero y chispeante:

— ¡Qué excelente conductor el de Ortigosa!

— Física pura, Bracamonte, dijo la Marquesa de Ricayo, sazonando lo intencional con lo malicioso.

— ¿Pero es que Ortigosa la aprende ó la enseña?, preguntó Bracamonte tranquilo, imperturbable, diríase que divertido.

Ortigosa, y con esto se gradúa la importancia del nombre que se hacía jugar en aquellas venenosas alusiones, era el secretario particular de Bracamonte. Quitándoles el sutilísimo y trasparente velo con que se encubrian, la señora de Valduerna añadió lanzando otro nombre que las diese cuerpo:

— «Marta, Marta», dijo en tono enfático dirigiéndose á Bracamonte: «Marta, Marta, demasiado cuidadosa estás, y distraída en muchas cosas.»

— «Y á la verdad», añadió la Baronesa con serio y firme acento, completando el versículo del Evangelio, casi sacrilegamente citado: «una sola es necesaria: la salvacion.»

— ¡Oh, qué verdad!, dijo la Duquesa de Lalin levantándose, y para conseguirla recordemos... recordemos...

— El presente curso de Física, añadió la Marquesa tendiendo la mano á Bracamonte.

Este estrechaba en la suya la que le entregaban, que en el término de diez minutos fueron todas, á excepcion de Gabriela, que habia permanecido en su puesto de honor, inmóvil, muda, pero sonriente, devolviendo saludo por saludo con perfecta cortesía.

Así que desapareció la última, la Baronesa, cuyas mejillas, como siempre que se excitaba, eran émulas de su poético nombre, se sentó al lado de Gabriela, invitó á Bracamonte para que lo hiciese al suyo, y en la reaccion de su espíritu, mostrábase más expansiva, más afectuosa, más delicada que nunca; por el contrario, en Gabriela se sostenía sin modificarse en nada su actitud. Callaba, aprobaba y sonreía. La cordialidad la encontraba refractaria.

Contemplábala Bracamonte con la contraccion casi constante de sus labios, abriéndole paso á la

(1) *Annales de chimie et Phys.*—Serie 5.ª—Tomo XIII.

(2) *Physiologie végétale*, traducida al frances por Micheli.

sonrisa; con sus pequeñas manos, que un precioso guante frances oprimía, cruzadas sobre su corazón como si quisieran contenerle ó defenderle; dentro de aquel cerco, en fin, de helada reserva en que se encerraba, sin permitir que ningún sentimiento, ninguna impresión le rompiera, y levantándose, se dispuso á su vez á retirarse.

Gabriela, en quien aquella noche fatal nada quedaba á salvo, alzó hacia él sus ojos, y dirigiéndole por primera vez la palabra:

—Debo á V., le dijo vibrando su voz, tan penetrante y dulce, de una manera que hería, con acento pausado y grave, por mediación y respetos de nuestra querida amiga Rosa, un grande é importantísimo favor; sé que no puedo devolverlo nunca, infinitamente ménos en sus delicadas condiciones; más tenga V. la íntima seguridad que le superan mi estimación y gratitud.

Bracamonte se inclinó ceremoniosamente; luego:

—De mí para V., respondió; de mí para nuestra cara y buena amiga, residen las obligaciones; su estricto cumplimiento no pasará jamás de ser un estricto deber. No he hecho, pues, nada que las merezca.

La Baronesa y Gabriela le dieron las gracias.

—Siempre, añadió Bracamonte, que necesite usted algo en que complaciéndola, sirva á conquistarme un título á su aprecio, está V. plenamente autorizada para pedírmelo, convencida de que me pongo á sus órdenes, que tendré la honra de pedirle... si así lo estima V. conveniente.

—Soy una española muy á la antigua, replicó Gabriela sin vacilar, y en ausencia de Ambrosio no recibo.

La sorpresa y el disgusto se revelaron en el movable semblante de la Baronesa, mientras por el de Bracamonte pasó una sombra, pero tan rápida, que no llegó á caracterizar la pasión que en su movimiento la proyectaba.

—La señora, repuso inclinándose ante la inmundidad de ésta, posee y no dejará de poseer nunca la inquebrantable garantía de mi respeto.

Y saludándola, alargó la mano á la Baronesa. Ésta la tomó con las dos suyas, y reteniéndola y estrechándola:

—No se olvide V. de mí, Bracamonte, le dijo con acento afectuoso.

—No sé olvidar, mi buena y querida Rosa, contestó marcando la frase ligeramente; por eso la noche de San Silvestre queda grabada en mi memoria. ¡Hasta pronto!

—¡Gracias por la promesa, y adios!

Dejó la Baronesa que Bracamonte abandonara el salón, por el que le fué acompañando su mirada, y así que desapareció á ella:

—Gabriela, exclamó con energía, Gabriela; ¿sabes que has cometido una gravísima falta con Bracamonte, que por tu marido está jugando su popularidad y acaso su prestigio?

—Lo sé, contestó Gabriela en tono breve y cortado, y que estás resentida conmigo, lo cual duele á mi alma profundamente; pero en mi situación no caben alternativas. Con el hombre ante quien se llama indigno al marido, la mujer no tiene respeto alguno que la valga.

—¡Por Dios, Gabriela, repuso la Baronesa con sentimiento; mira que no hay exceso que no conduzca al mal, ó no lo envuelva en sí; hasta el de la delicadeza!

—La mía, Rosa, es la que le cierra mi casa, y créelo; yo sé en conciencia que hago bien.

La Baronesa dió un suspiro: otra era su convicción; pero no insistió, y en aquel punto, dióle redondo á sus advertencias y reconvenciones.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

En la mansión de la Baronesa todo era invariablemente igual. El ayer se calcaba en el anterior; el hoy, en el ayer; el mañana, en el hoy. Sobre todo aquello á que alcanzaba su dominio se advertía el orden, el método, la regla. Rosa María se levantaba en verano á las siete; en invierno, á las ocho. Daba gracias, tomaba chocolate y se iba á su escritorio, severo en su adorno, tanto como debe ser el de un hombre, y sin otra cosa notable por su valor artístico que la estantería de palo santo y bronce que contenía su no muy numerosa, pero sí

escogida biblioteca; su sillón, época de Felipe IV, y el atrilillo de plata donde colocaba el libro en que leía por lo ménos una ó dos horas diarias. Despachaba su no escasa correspondencia con singular exactitud; á las diez iba á pie á Capuchinos, donde oía misa; luego, según tenía establecido, visitaba un pobre, ó un enfermo, ó un atribulado, y volvía á su casa á las doce. Antes de almorzar, casi siempre con un niño ó un anciano, cosía ó bordaba una hora, en la que á su vez recibía de confianza. Después del almuerzo bajaba al jardín, entreteniendo buen rato con la rica colección de plantas de su invernadero. Mártes y viérnes hacía visitas; miércoles y sábados las recibía; los días restantes, paseaba; pero ya recibiera, visitara ó pasease, el toque de *Oraciones* había de darle en su gabinete, donde reunía toda su alta y baja servidumbre para rezar las *Avenidas*. Leía hasta la hora de comer, y antes de las nueve se dirigía al teatro Real, única diversion que se permitía, ó única quizá que le agradaba.

Era el primero de Junio: las doce se habían hecho oír en todos los relojes del palacio de la calle del Turco; reinaba en su recinto la inalterable tranquilidad de siempre; según su costumbre, la Baronesa bordaba en tapicería con singular primor, precioso canastillo de rosas y lirios admirablemente mezclados y matizados. Distraída con el dibujo y la aguja, á que no daba descanso, hubo de no oír el primer anuncio de su doncella, quien tuvo que acercarse más y repetirle alzando un tanto la voz:

—Señora, el señor de Bracamonte.

Oyó el nombre la Baronesa, pero dudando, suspendió el punto que iba á dar, y mirándola:

—¿Quién? preguntó con visos de sorpresa.

—El señor de Bracamonte.

—Que pase á la sala rosa.

Y dejando estambres, dibujo y bordado, se dirigió á la linda y fresca pieza donde había mandado recibirle, diciendo allá para sí:

—¡Bracamonte á estas horas... algo extraño debe de ser!

Poseída de esta idea, con cierta especie de ansiedad, tal carácter tomó su sorpresa, entró en la sala diciendo con afectuoso y cordial acento:

—Dios guarde á mi predilecto y buen amigo don Manuel Félix de Bracamonte.

—Y á la Baronesa de Veraiz, consuelo, ejemplo, gloria y orgullo de sus amigos, respondió Bracamonte contemplándola con interés.

—¡Jesus, qué ráfaga de lisonjas tan inesperadas y tan inmerecidas! ¡Jesus, Jesus!

Brindóle asiento en una maqueada mecedora, y sin dejar que la sonrisa abandonara sus labios,

—¿Qué perfumada, suave brisa, añadió Rosa María, le trae V. á mi retiro?

—Baronesa, dijo Bracamonte con seria y grave expresión, no me traen aromosas y regaladas brisas, y me confieso por ello pesaroso y confuso; vengo simplemente á molestarla á V., única persona á la que, por sus cualidades y circunstancias, debo confiar y puede desempeñar la importantísima y delicada misión que viene á encargarme mi buen deseo.

Sobresaltóse la Baronesa, levantáronse en su mente distintos y asustantes pensamientos; y sin ser dueña de ocultar su impresión, preguntó revelándola en su acento:

—¿Cerca de quién?...

—De su amiga de V. la señora de Castro.

La sangre viva y generosa de la Baronesa subió á su faz, enrojeciéndola fuertemente.

—¿Pues qué sucede?...

—Sucede, respondió Bracamonte sin complacencia ni extremos de ningún género, que su esposo se encuentra en malísima situación.

—¿En mala situación! repitió Rosa María, pronunciándose el sobresalto en pena.

—Tan mala, que en el día de hoy pudiera hundirse como la piedra en el agua.

Miróle fijamente la Baronesa, y procurando dominarse:

—Pero... ¡por Dios! ¿qué es lo que ocurre? preguntó segunda vez.

—Rosa, permítame V. que no la inicie en este desagradable asunto. Haga V. bien sin conocer el mal.

La Baronesa se agitó en su asiento.

—Castro se halla en la crisis de su brillante

destino, añadió Bracamonte, y si se resuelve mal... ¡ha muerto!

—¡Por favor, dijo la Baronesa verdaderamente asustada, déjeme V. que dude... que no crea... que espere no se realice ese funesto presagio!

—Siento arrebatarme á V. su esperanza, como antes he sentido anticiparle á V. el disgusto que está sufriendo; pero no hay medio, y como no se encuentre forma de conjurar el peligro, esta misma tarde se presentarán á la mesa del Congreso algunos documentos de tan tremenda importancia, que á su simple lectura se pedirá la autorización para procesarlo.

—¿De cierto, Bracamonte?...

—Tan de cierto, Baronesa, que no admite género alguno de duda.

Rosa María reflexionó breve espacio; luego, aventurando la primer pregunta de sus temores,

—¿Es cosa de política? dijo.

—No.

—¿De intereses?

—¡Pih!

—Dígame, porque en este caso cabría seguro arreglo.

Bracamonte se sonrió, pero con tan indefinible expresión, que la Baronesa quedó completamente desorientada.

—Gabriela, continuó Rosa María, en quien el sentimiento de la honra es el primero de su alma, y muy grande el amor á su marido, á pesar de sus decepciones y amarguras, responderá con todos sus bienes, y yo desde este instante comprometo los míos por si los suyos no bastarán.

—No puedo darle á V. seguridad ninguna, repuso Bracamonte manteniéndose inaccesible, ni aun luz, porque es el suyo asunto tan delicado y trascendental, que en otro mayor no creo pueda verse hombre alguno comprometido.

—Y en situación tan grave, dijo la Baronesa, cuya mente se perdía entre las más extrañas y opuestas conjeturas, ¿qué nos es dado hacer á Gabriela y á mí?...

—La señora de Castro puede marcar el rumbo que deba seguirse en la cuestión, que hora por hora va tomando más serio carácter; V., Baronesa, prepárala y luego manifestarle que si se sirve honrar mi casa, consultaré con ella la resolución prontísima que reclama.

Rosa María casi se levantó de su asiento.

—¡Ella, exclamó, ella á su casa de V., Bracamonte!

—¿Tan grande le parece á V. la enfermedad?

—Me parece lo que es, amigo mío. Gabriela le recibirá á V. en la suya, y si no, aquí puede usted verla.

Sin variar de tono, sin perder un solo átomo de su serena é impasible calma, singularmente sostenida, pero con decidido y firme acento,

—La señora de Castro, repuso, con bastante ligereza por cierto, me la cerró para siempre, y no la obligaré á que me la abra, ni aun por los altísimos intereses que en estos supremos instantes pueden constituir su llave maestra.

—Pues bien, dijo la Baronesa que creyó vislumbrar á través del velo de calma que lo envolvía, profundo, acerbo, palpitante resentimiento; yo le escribiré ahora mismo dos líneas y vendrá.

—Siéntolo en el alma, Baronesa, pero no puedo admitirlo.

—¡Bracamonte!

—Conozco y confieso que mi casa no es digna de ser favorecida con su presencia, pero es la mía y la única donde puedo y debo recibirla. En ella me tiene á su disposición desde ahora hasta las dos.

Respondiéndose á sí misma la Baronesa, dijo reprochadora y severamente:

—Esto, señor, es un abismo insondable de odio ó de orgullo; pero ¿por qué abre su boca amenazadora?...

Bracamonte se levantó.

—Son las doce y cuarenta, dijo después de mirar su reloj. Si á las dos la señora de Castro no ha ido á mi casa, se mandarán los documentos con su carpeta á la mesa del Congreso.

La Baronesa tiró con violencia del cordón de la campanilla. Sus mejillas ardían, sus ojos centelleaban. A un tiempo, y casi instantáneamente, se presentaron tres criados.

—El coche, dijo con imperio, el coche ¡volando!

—Puede V. hacer uso del mio que está á la puerta.

—¡Gracias! respondió la Baronesa con acento breve y rotundo; prefiero el mio aunque pierda algunos minutos, pues ademas de prepararla, he tambien de acompañarla.

—Baronesa, repuso Bracamonte con firmeza tal que la dejó enteramente cortada, no recibo más que á la señora de Castro. No estoy en casa ni aun para Gabriela Astudillo y Laso.

—Está V. en su derecho, señor de Bracamonte. Yo en el mio, la acompañaré y la esperaré, más honrada en el portal, que pudiera en el estrado.

Y saludando con toda la altivez de raza de la antigua nobleza española, se dirigió al tocador, mientras Bracamonte, despues de pagarle su saludo, trasponia la puerta, erguida la frente, serena la faz, que no se había animado con el reflejo de la pasión ni un solo rápido instante.

CAPÍTULO II.

Cinco meses se contaban desde la partida de Castro; en su trascurso había escrito á su esposa con admirable regularidad. Desde luego se comprende que en aquel segundo período de correspondencia, el idealismo poético del primero cedía el sitio al prosaismo práctico de la vida: Castro era en sus cartas el marido dibujado por su propia mano la noche en que su mujer bebía con ansia la fe extrayéndola del dulce manantial de sus recuerdos. El «querida Gabriela» le parecía bastante, y el «tuyo siempre», más que sobrado.

Con la misma laudable exactitud le remitía la cantidad que estimó suficiente para sus gastos, á pesar que Gabriela desde el primer momento la rehusó con firmeza, asegurándole que con su renta le bastaba proporcionándole hasta lo supérfluo; y ya que por no ofenderle no se las devolvía, acumulaba las cantidades sin tocarlas, guardándolas en el sitio más escondido y seguro de su buró.

Más retirada que nunca, ya no iba á la Florida ni á la Casa de Campo. Nicanora llevaba los niños á paseo; ella no salía más que de mañana para ir á Santiago ó á casa de la Baronesa, con quien solía, previa seguridad de estar sola, almorzar alguna vez.

En el fondo real de las cosas, no era inmotivada ni caprichosa su retracción. Dos veces había visto á su amiga la señora del Castillo, con motivo de la venida y agravamiento de su esposo, á quien las especialidades médicas de París no habían alcanzado á detener ni aun á aliviar los destrozos de su mortal enfermedad; y en ambas, intencionada y repetidamente, tuvo que oír el nombre de Castro ligado al de Ardariz; clarísimas alusiones hechas para matar el amor, la confianza y la fe. Ni al principio de la ausencia de su marido salió una vez con sus hijos animada por la fiel y adicta montañesa, que no encontrara una amiga cariñosa que la besase con ternura, y que, como la señora de Pino, la llamase *victima*, como la de Valduerna le dijese *santa*, como la Duquesa de Lalin le aconsejase hacerse superior á la pena y distraerse pagando en moneda de premio. Puesta en contacto con el mundo, Gabriela recibía tanta envenenada picadura de aguja, que robustecida su antigua resolución, dejó de verle por completo refugiándose en Dios y en sí propia. Exceptuábase de aquella ley de su voluntad la Baronesa; verdad es que tan delicada como ella, no hablaba de Castro sino para honrarle, respetando en la esposa y la mujer el más sagrado de todos los vínculos humanos, la más sublime de todas las virtudes.

Desde la calle del Turco á la de Noblejas Rosa María pasó el tiempo en meditar lo delicado y violento del paso que iba á dar. Por el amor que, vendido como lo era, ni sabía ni podía salir del corazón que dominaba; por la susceptibilidad misma que el desengaño le imprimía; por la reserva peculiar de su carácter inflexible y severamente sostenida en cuanto pudiera referirse á su marido; por el hecho oscuro, misterioso, pero gravísimo, que iba á denunciar; por la imposición que constituía la exigencia de Bracamonte, capaz por sí sola de herir su dignidad sublevando su orgullo, la Baronesa se sentía cada vez más inquieta y disgustada; pero cuando, sirviéndole de introductores el gozo y la satisfacción que saludaban su presencia, entró

en el Gabinete de Gabriela, consagrado por los tiernos afectos de la madre, santificado por las virtudes y las lágrimas de la mujer, donde, á falta de ventura que lo iluminase con legítimas y puras alegrías, reinaban la prudencia y la rectitud más perfectas y acrisoladas; sus ojos, que al despedir á Bracamonte centellaron de indignación, que en el coche vagaban distraídos, mientras perseguía en su mente la idea informe de aquella desconocida é inesperada desgracia; sus ojos, decimos, se humedecieron dando muestra del pesar de su alma al llevar á cabo su delicada y triste misión.

Herida por el presentimiento, Gabriela, al ver á Rosa María, sintió que la embargaba fuerte y poderosa emoción, y sin explicársela, pero cediendo á su imperio, dejó precipitadamente el bastidorillo donde bordaba en batista una gorra para su hijo, y salió á su encuentro sonriendo, y palpitando, y en silencio; y en silencio, la Baronesa la besó estrechándola con fuerza sobre su corazón, tan agitado en aquel instante como el suyo.

Presagiando lealmente la desgracia, pero sin darle todavía forma,

—¿Qué hay, Rosa mía? le preguntó con voz alterada; ¿qué te trae á estas horas y con este calor...?

—Algo muy grave y á la vez muy urgente, contestó la Baronesa, que tenía el tiempo muy tasado para desperdiciarle en preámbulos; algo que reclama tu valor, tu resolución y tu energía.

—Pero ese algo ¿por Dios! ¿qué es?

Sin contestar la Baronesa se dirigió á Nicanora diciendo:

—Ama, ¿me hace V. el favor de pedir un vaso de agua...?

—¿Con azúcar?

—Con azúcar, si le hay.

Volvióse á la señora de Castro, cuyas manos comenzaban á ponerse yertas, y le dijo:

—¿Tienes...?

—No sé...

—Ama, añadió la Baronesa, si no hubiere, que le traigan al momento.

Salió el ama á buscar lo que le pedían, y tan aturdida iba, que no le ocurrió ningún refrán que decir, ningún canto que gorjear.

—Por lo más sagrado, Rosa, dijo Gabriela sin brindar asiento siquiera á la Baronesa, dime pronto lo que sea; dímelo sin preparaciones, porque éstas me asustan horriblemente.

A la Baronesa le faltaba, á pesar de su resolución de hacerlo, valor bastante para decirse lo.

—¿Es cosa de Sevilla? volvió á preguntar Gabriela.

—No, hija mía.

—¿De Londres?

—Sí.

—¿Ambrosio está enfermo?

—No.

—¿Queda cesante?

—¡Tal vez!

—¿Tu noticia viene por Bracamonte?

—Por él viene, hija mía.

La Baronesa se dirigió á la sala: esperaba con ansia el calmante que había pedido. Gabriela fué tras ella diciendo:

—¿Qué ha hecho Ambrosio, qué le sucede?

—No lo sé Gabriela: te reserva á tí sola su conocimiento.

Con esto la Baronesa le contó fielmente su entrevista con Bracamonte.

Gabriela no se fijaba, diríase que no lo comprendía; de aquí que, concluido el relato, mirando á Rosa María, volvió á preguntarle:

—¿Y no te ha dicho más?

—No, pero tú vas á saberlo todo muy pronto, porque ya es la una y hasta las dos te espera en su casa.

—Por lo ménos, ya le debo un favor, dijo Gabriela con amargura; la agonía es corta.

—Le debes más, Gabriela, y espero, si que lo espero, aumente á la cuenta una nueva partida.

Gabriela cruzó las manos y elevándolas:

—¡Si pudiera rescatarlos, exclamó, qué peso tan enorme se le quitaría á mi corazón!

—Gabriela, dijo la Baronesa ahogando un suspiro en su garganta; las deudas no abrumen á ningún pecho generoso.

—¡Ay, Rosa de mi alma!...

—No te creas humillada con recibirlas, pues fue-

ra de Dios, hija mía, todos en la gran cuenta de la vida, tenemos nuestra hoja por duplicado. Pero vamos á vestirte, añadió, porque el plazo es muy corto.

Miró su reloj, y pasando una sombra por su frente, dijo:

—Una y veintidos.

Gabriela se dejó conducir á su tocador; la Baronesa le servía de doncella y en pocos momentos quedó vestida. Al prenderle el velo:

—Gabriela mía, le dijo, hay situaciones que sólo con hacerles rostro están salvadas, y yo confío que ésta será de ese número. Bracamonte es el árbitro de la suerte de tu marido; que este pensamiento te inspire la prudencia y el acierto que necesitas.

—¡Pobre Ambrosio!, murmuró su esposa con angustia, ¡pobre Ambrosio!

—Hombre, continuó la Baronesa, para no ser soberbio, Bracamonte quizá ostente más que la galantería del caballero, la severidad del juez; pero no te imponga ninguna de las fases con que pueda presentarse: en él hay buenas y delicadas fibras, que bien heridas, responden con nobleza y suprema generosidad.

En aquel punto se presentó el ama con el agua mezclada de azúcar, dando excusas por la tardanza. A instancias de la Baronesa, bebió la señora de Castro algunos sorbos, y sin despedirse de sus hijos con un beso, sin dar orden alguna á la cariacontecida montañesa, precedida de Rosa María bajó la escalera, montaron y el coche partió á escape en dirección á la calle de Lepanto.

Pronto llegaron á Recoletos y más pronto paró el coche á la puerta de Bracamonte. La palidez de Gabriela adquirió asustante intensidad.

—¡Valor!, le dijo la Baronesa con energía, ¡valor Gabriela! Piensa que con el atribulado está Dios, y no olvides que yo quedo aquí dispuesta á todo.

Gabriela estrechó su mano, y sin contestar, descendiendo del coche, penetró en el lindo portal adornado de estatuas y jarrones.

CAPÍTULO III.

Precedida del jokey de la Baronesa, Gabriela subió la escalera y llegó al cuarto que ocupaba Bracamonte. Llamó el jokey, abrieron y la señora de Castro fué introducida en la primer antesala, donde permaneció mientras la anunciaban al árbitro del destino de su marido, como la Baronesa le había dicho.

Su permanencia en la antesala fué brevísima, pero en su trascurso devoró la amargura de la primera humillación. Desde allí la condujo el secretario de Bracamonte al despacho de éste. Con la rapidez que todo iba sucediendo, Gabriela pensó que se le negaba adrede la atención de recibirla como á señora en el estrado. Corrió el secretario el portier, abrió la puerta y Gabriela se encontró frente á frente con Bracamonte. Este salió á su encuentro, y como si estuviese acordado de antemano el ceremonial de aquella extraña visita, la señora de Castro anduvo en silencio, trocado un saludo fino y serio, el espacio que mediaba entre la puerta que había vuelto á cerrarse y la mesa de que Bracamonte se había separado para recibirla, deteniéndose junto á ella.

Bracamonte le señaló la *otomana* que ocupaba el centro del despacho, diciendo:

—Si se sirve V. honrarme...

Gabriela, vestida severamente, y á quien el veloprendido por la trémula mano de la Baronesa formaba una especie de fantástica aureola al rostro, cuya palidez hacía resaltar con doble fuerza lo negro de sus finas y arqueadas cejas, sin mirar el asiento que le brindaban, sin vacilar, sería, altiva, con acento breve y maravillosa extrañeza:

—Gracias, respondió, estoy bien de pié.

—Pero...

—¡Gracias, repitió la señora de Castro manteniéndose inflexible, muchas gracias!

Y se apoyó en la mesa con majestad.

Cambiaban los papeles, pero los preliminares de la conferencia no conducían al avenimiento ni al acuerdo, por más que establecieran posiciones.

—Su presencia de V., dijo Bracamonte sin insistir más en que se sentase, me revela que ha-

visto V. á la Baronesa y conoce el triste asunto que la motiva.

—Ciertó; la he visto, y con profundo disgusto he oído de sus labios que sucede, ó puede suceder, algo muy grave á mi marido; que es V. poseedor de documentos que le pertenecen, y sin duda le han sustraído, por medio de los cuales pudiera, lanzándolos á la luz pública, seguirse sensibles perjuicios; que V. pretendía verme para manifestármelo y ponerse de acuerdo conmigo acerca de ese delicado asunto, y que esto, que reviste el carácter de muy grave, tenía además el de muy urgente.

Gabriela, hablando siempre en referencia, atenúa primero para negar ó defender, en el momento que el hecho ó hechos se evidenciasen. Bracamonte medio se inclinó, y sin que su tono saliese de lo que le era natural, replicó:

—Ha sido exacta nuestra buena amiga, y sin molestarla á V. con preámbulos innecesarios para quien trae antecedentes á la cuestión, voy á plantearla con la claridad y lisura que su índole reclama.

A su vez Gabriela hizo un signo de asentimiento.

—El señor don Ambrosio Castro de Osuna, dijo Bracamonte comenzando á exponerla, encargado extraordinario del arreglo de la deuda española en Inglaterra, olvidándose, así debe creerse, de sus deberes como tal, de los intereses de la nación, mucho más sagrados que los propios, del Gobierno que le había concedido su confianza, y en su gestión representaba; ha revelado secretos de altísima trascendencia fiados á su honradez y lealtad. Con la nota escrita de su puño y letra en que los comenta y amplía, y de la carta que le acompaña con su media firma, ha entregado, lo que parecería increíble si no estuviese patente, las instrucciones mismas que el Gobierno en un minuto le envió en Abril para que ultimase la negociación encomendada á su actividad y pericia; y con ese comprobante, capaz de satisfacer al más tímido ó incrédulo, se han hecho simultáneamente aquí y Londres dos jugadas de bolsa que han obligado á ésta á pronunciarse en baja, causando la ruina de cien familias y el hundimiento completo de nuestro crédito, después de imposibilitar, acaso para siempre, la negociación fracasada.

Inmóvil, atenta, sin permitirse siquiera parpadear, la señora de Castro se mantuvo oyendo la terrible exposición hecha por Bracamonte con calma, con mesura, sin acritud; exposición que la había herido profundamente en lo más delicado de su ser: la honra del hombre á quien en su alma le había levantado altísimo pedestal para adorarle.

—En todo lo que acaba V. de referir, replicó revelando en la firmeza de su acento la íntima de sus convicciones; hay, ó un error muy craso, ó una perfidia horrible, ó una traición infame.

—Presento los hechos y nada más.

—Lo veo, replicó Gabriela revelándose en la expresión el resentimiento que pretendía contener su prudencia; pero antes de historiarlos, debírase tomar en cuenta que don Ambrosio Castro de Osuna es y fué hombre de honor, de intachable probidad, de rara delicadeza, y muy acostumbrado á sacrificar una y mil veces fortuna y vida á toda obligación que contraiga.

—Y, sin embargo, las pruebas prueban la aberración de esas altísimas cualidades.

—¡Prueban en falso! dijo Gabriela con íntima seguridad.

—Pluguiera.

—En Castro no cabe, ni en pensamiento, tal infamia.

Bracamonte la miró en silencio, y luego siempre en carácter:

—Si me atreviera á indicar, y obtuviese la satisfacción de ser atendido, dijo, rogaría á V. que no calificara.

El dardo se clavó hasta hundirse en el corazón de Gabriela. En el dolor que sentía, en la excitación que le causaba, sin avenirse á conceder nada que tendiese á admitir la culpabilidad de su marido, en la severa intransigencia de su carácter replicó:

—Me abstengo sin violencia; pero conste que si sobre él gravita la responsabilidad legal de esa incomprensible sustracción ó falsificación y uso de documentos, resultará inocente y libre de todo car-

go ante Dios y ante todos los que le conozcan.

—¡Ojalá! dijo Bracamonte tan firme para sostener la participación directa de los hechos enunciados, como la señora de Castro para negarlos.

—El secretario de la comisión es el que despacha todos los asuntos de ésta, obedeciendo las órdenes de su jefe... ¿Por qué no dirigirse al secretario?

—Porque es enteramente extraño al asunto.

La misma sonrisa que meses antes produjo en su primo la explosión que hizo romper sus fraternas relaciones, asomó á los labios de Gabriela.

—Todo pertenece al jefe, añadió Bracamonte dejando pasar la sonrisa con su amarga y burlona expresión; uso y abuso ha sido hecho por su cuenta y riesgo.

Gabriela volvió á sonreír con la expresión de antes, pero más acentuada que nunca. Bracamonte la contempló en silencio, y después, resumiendo los cargos que constituían un crimen doblemente ennegrecido por las circunstancias que concurrían en la perpetración y en el perpetrador, volvió á presentarse á sus ojos condensado por la concisión misma de la frase.

Escuchándole, Gabriela sufría lo que debe sufrir aquel á quien desgarrasen honda y enconada herida; pero el recuerdo de la Baronesa acudió á su mente, y sus labios permanecieron sellados por la prudencia sin dejarle paso á nuevas y enérgicas protestas.

Sensible al sacrificio, sensible al dolor amargo y reprimido de la que lo hacía, Bracamonte dulcificó su acento, y dirigiéndose al corazón, como si pretendiera con aquel cambio obligarla á salir de su reserva, que saltaría por encima del orgullo y de todas sus repugnancias, abriéndole ancho y suave camino al ruego, dijo:

—Dada la comprometida situación en que don Ambrosio de Castro se halla, ¿qué puede hacer el Gobierno que no sea lo que le cumple?

El interés se pronunciaba en Bracamonte y se pronunciaba con las condiciones que le realzan, y, sin embargo, al percibirle espontáneo y generoso como se revelaba, Gabriela se replegó en sí misma tomando carácter su silencio.

Bracamonte, después de contemplarla, dió un suspiro y se cruzó de brazos; pero en el silencio, que durante algunos segundos fué mutuo, la señora de Castro, en cuyo oído debía seguir vibrando la interrogación de aquél, reflexionó sin duda y dijo dando una vuelta más alrededor de su tenaz pensamiento:

—Puede hacer luz, y con ella buscar la verdad en el hecho y la persona.

Tendió la mano Bracamonte, cogió una carta gruesa medio oculta entre algunos otros papeles desdoblados, escrita en papel inglés, sellada con el sello de Londres, y mostrándosela:

—La verdad, respondió, está aquí, firmada, sellada y testificada.

En la violenta y extraña excitación que experimentaba, sin dignarse mirarla, Gabriela sonrió por tercera vez, dando su sonrisa por respuesta.

No creía, no se resignaba á creer, rechazaba la evidencia con toda la energía de su voluntad.

—Este papel, prosiguió Bracamonte, encierra entre sus dobleces veinte años por lo menos de presidio y la inhabilitación civil para todo el resto de su vida, y esto sin la esperanza de que en tiempo no lejano un cambio político pueda rehabilitarle ni mejorar su suerte; pues el suyo es un delito común, registrado en el código criminal, á que viven sujetos desde el primero hasta el último de los españoles que delinquen, desde el primero hasta el último de los funcionarios públicos, por mucho que valgan, por mucho que crean valer.

Sin ser dueña de reprimirse, la señora de Castro miró la terrible carta, y la sonrisa que volvía de nuevo á dibujarse en sus labios se heló de repente como si la muerte los hubiese tocado con su dedo.

Puesta al alcance de su vista por la mano que se la presentaba, pudo reconocer la letra fina y rasgueada de su marido; pudo leer la dirección, que venía á Lelia Ardariz.

Echó Bracamonte la carta sobre la mesa, y desembarazado de lo que representaba el crimen y su prueba, fijando su mirada en Gabriela con tal fuerza de intensidad que fascinaba; acentuando hasta el punto de dar á su palabra algo tan grande, tan

inmenso, tan directamente emanado del corazón, tan directamente tendiendo al corazón, que lo hubiera hecho latir por fuertes y duras que hubiesen sido sus fibras,

—Forme V. concepto, le dijo; haga V. propósito; elija V. una salida... la que quiera que sea, y pongamos la mano en la dificultad que haya que vencer. Primero es pensar, luego se obra.

Gabriela, tan pálida como si su sangre se hubiese helado en sus arterias, fijó sus ojos de nuevo en el sobre fatal; luego volvió su mirada á Bracamonte, que la sostuvo con la suya un poco deslumbradora, y separándola después, la dejó que errase en el vacío, como si en el vacío pudieran hallarse soluciones!

Siempre en su auxilio, Bracamonte le preguntó:

—¿Necesita V. tiempo para reflexionar?

Gabriela volvió á mirarle, y vertiendo la frase lentamente, acentuando también, seria, cortada, pero revelándose en su amplitud toda la severa intransigencia de su carácter:

—No, le dijo, pues respetando todos los fueros, reservando á cada cual su derecho en esta triste cuestión, yo, en el mío, no admito transacciones con ningún deber. En esta esfera no cabe lo que es tan común en otras: ¡Valor por valor!

Los labios un tanto ajados y de ordinario descoloridos de Bracamonte, se pusieron enteramente blancos; por sus ojos pareció pasar una ráfaga de sangre; por su tez, una ola de amarilla bilis; pero sin más alteración en sus maneras, ni otra diferencia que la efectuada en su acento:

—Entonces, si de fuero á fuero se coloca la cuestión, que la justicia obre en el suyo.

El corazón de Gabriela se oprimió como si sobre él echara un mundo el fuero de la justicia.

—Y esos documentos, siguiendo su curso natural, añadió, no mostrando la resolución de hacerlo, sino conformidad con que se hiciese, que vayan á la mesa del Congreso!

—Que vayan, repitió la señora de Castro, enjugando el sudor que humedecía su frente; pero si el resarcimiento de los intereses de que mi marido es responsable...

Bracamonte le interrumpió diciendo severa y enérgicamente:

—¿Con qué puede resarcirse el crédito nacional vendido y arrastrado á la bancarota, cien familias arruinadas, cientos de millones robados?... ¿Quién, ni qué, se puede avalorar tan alto que alcance á redimir lo que no tiene redención!...

—Es verdad, repuso la señora de Castro profunda y horriblemente humillada por su esposo y por sí, hay deudas que no alcanzan saldo; deudores que no perdonan jamás.

—Eso está en su condición, respondió Bracamonte inclinándose ligeramente; delante de la inmensidad del débito, queda insolvente la persona.

Y sin transición, dando por terminada la conferencia, añadió:

—Me duele en el alma haberla molestado á usted en vano; sírvame de excusa mi buen deseo.

—Todo el disgusto es mío, contestó Gabriela volviendo fórmula por fórmula. Le he robado á usted inútilmente un tiempo precioso.

—¡Oh, no!

Gabriela miró por última vez la carta, y sonriendo con horrible amargura, repuso:

—Todo ha respondido mal á la intención y al deseo.

Antes que Bracamonte replicara, en la pieza inmediata resonaron las vibraciones del timbre por dos veces repetidas, y se oyó parar á la puerta un coche.

Sin que el portier se moviera, se hizo oír la voz de un criado diciendo:

—Señor, ya está ahí el coche.

—¡Bien! respondió Bracamonte sin mirar.

La señora de Castro dió un paso, le alargó la mano y dijo:

—Doy á V. las gracias por su interés.

—Yo á V. por la honra que acaba de dispensarme, contestó Bracamonte sin tomarla, con la cual quedó pagado y orgulloso.

Gabriela retiró su mano, le saludó con altivez y se dirigió á la puerta. Bracamonte agitó el timbre, y después la siguió á un paso de distancia. Al llegar á la puerta separó el portier con ceremonia, y Gabriela pasó sin volver la cara ni darle las gracias por su atención.

En el ante-despacho estaba el secretario, y Bracamonte le dijo:

—Hágame V. el favor de acompañar á la señora de Castro hasta su coche.

Gabriela, que se había adelantado algunos pasos, volvióse, y en todo el lleno de su dignidad, que era grande,

—Gracias, dijo, pero no permito que se incommode.

Bracamonte no contestó. Estaba poniendo la tremenda carta de Londres en el fondo de su cartera, mientras su ayuda de cámara le presentaba en una mano el baston y en la otra su sombrero.

Lo que pasó por Gabriela no hay lengua que lo exprese, pluma que lo defina; su corazón se quedó inmóvil, tan inmóvil como si de él se hubiese retirado la vida.

LAS FRESAS INGLESAS.

Seguramente es la fresa una de las más apreciables y apreciadas frutas que poseemos en Europa: sus vivos colores recrean la vista; su aroma deleita el olfato y el paladar; también es la primera que se ofrece después de las privaciones del invierno. No es de extrañar, por lo tanto, el gran desarrollo y el grado de perfección que su cultivo ha adquirido en algunos países.

No há mucho tiempo que en España se conocían única-

mente la de Valencia ó de Aranjuez, que se da sólo durante dos meses, y la especie llamada *capron*, cuya calidad deja mucho que desear: ahora empiezan á generalizarse la de los Alpes ó de *todos los meses*, y algunas variedades inglesas de gran tamaño. Tenemos ya en Madrid fresas desde Abril hasta Noviembre, y bien fácil sería obtenerla en la huerta de Valencia y en el Mediodía todo el año; bastaría para eso cubrir las eras de fresa de los Alpes con cajones y bastidores acristalados. Si los consumidores de Madrid no quisiesen pagarlas á su debido precio, los de París, Londres y de las demás grandes capitales de Europa recompensarían generosamente al inteligente hortelano que les proporcionara el placer de comer esa sabrosa fruta durante la temporada de las nieves. Las fresas son muy buscadas en invierno en París para las grandes comidas y los bailes.

Pero nuestro objeto es ocuparnos hoy solamente de las fresas inglesas, con motivo de los dibujos de tres variedades que presentamos á nuestros lectores. Generalmente se cree que esas fresas son sosas, sin aroma, y muy inferiores á las de Aranjuez, porque se las aprecia por el recuerdo que han dejado las caprones, pero es un error; entre ellas las hay que son muy delicadas, muy aromáticas y de un sabor muy variado. Merecen por su buena calidad, aparte de su belleza, ocupar un lugar preferente en la huerta de todo gastrónomo inteligente.

Habíamos reunido en el olivar de Atocha más de doscientas variedades, entre las cuales hemos elegido como las de más mérito, bajo el triple concepto de la fertilidad del tamaño y de la calidad, las cuyos nombres estampamos al concluir este artículo. En la primavera de 1874 hemos cogido muchas fresas que pasaban de una onza; algunas llegaron á 36 gramos, ó sea una onza y cuarto. Las hemos visto mayores en Francia y en Inglaterra.

Para obtener abundante cosecha y gruesos frutos es pre-

ciso seguir el método que vamos á indicar: se mantiene el riego á las plantas madres durante el verano; cuando salen los estolones, se colocan éstos en tiestecitos llenos de buena tierra y enterrados en el suelo, sin separarlos de las madres, no dejando más de dos á cada hilo. No tardan en echar abundantes raíces; entónces se separan de las madres y se llevan en las eras que han de ocupar definitivamente, plantándolos á un pie uno de otro. A pesar de todo lo que se dice en contra, el riego con regadera es preferible al riego con agua de pié, y además es más económico si el agua es convenientemente distribuida por medio de tubos en la huerta; los hortelanos españoles rechazan este sistema, porque es ménos molesto y más descansado ver correr el agua que llevarla á brazos; pero la experiencia, único maestro que reconocemos en agricultura y horticultura, nos ha convencido de que el riego con regadera es superior, bajo todos conceptos, al riego con agua de pié para el cultivo de muchas hortalizas y de muchas flores. Por consiguiente, regamos á brazo nuestros fresales de casta inglesa, y ántes cubrimos el terreno de una buena capa de estiércol de cuadra medio podrido, que le impide endurecerse y mantiene la humedad.

Por poco que el terreno sea de buena calidad, los riegos regulares y los cuidados inteligentes, las jóvenes plantas revisten durante los meses de Octubre y Noviembre una lozania y un vigor extraordinarios; cada una echa á la primavera tres ó cuatro tallos que se cubren de flores, que suprimimos todas ménos dos ó tres en cuanto se han formado las frutas. Lo que perdemos así en número, las ganamos en gordura de las que quedan. Muchas veces es necesario emplear horquillitas de madera para sostener las frutas é impedir que se ensucien sobre el suelo; sin embargo, basta por lo general cubrir la superficie con una capa de paja limpia sobre la cual descansan las fresas.

Cuando se procede al riego debe evitarse de echar el agua sobre las hojas y las frutas.



FRESA DOCTEUR NICAIRE.



FRESA MARGUERITE.



FRESA DOCTEUR MORÉRE.

Todos estos cuidados parecerán muy complicados á nuestros hortelanos; pero esto, únicamente porque no están acostumbrados á ellos; una vez enterados, seguirán el método sin pensar en las complicaciones, y los resultados les causarán gran satisfacción. El precio de esas frutas de tamaño superior no tiene comparación con el de las comunes, sobre todo en el extranjero.

Algunas de las variedades de casta inglesa se dan ántes que las de Valencia, y pueden además adelantarse con mucha facilidad poniéndolas en tiestos y llevándolas en estufas más ó menos calientes, ó colocando sobre los fresales cajones con bastidores acristalados, como lo hemos aconsejado más arriba, para prolongar la temporada de las fresas de todos los meses hasta Diciembre y Enero. Pero como este cultivo especial no puede dar utilidades sino para la exportación, porque aquí no se pagarían estas *primeurs* al precio que merecen, sería preciso, además de elegir las variedades más tempranas, las cuyas frutas pueden viajar con ménos deterioro, y confesamos que no podemos suministrar respecto á este particular ningún dato seguro, porque las varias experiencias que habíamos emprendido para ilustrar esta cuestión, estuvieron siempre bruscamente interrumpidas por circunstancias independientes de nuestra voluntad.

Una gran dificultad se opone hoy á nuevas experiencias, porque la colección de Atocha no existe ya, y no es posible formar otra mientras dure la prohibición de introducir plantas vivas en España por temor á la filoxera. Las variedades de la casta inglesa no se reproducen exactamente por simiente, y se necesita á veces sembrar muchas para obtener una sola buena. Sin embargo, daremos el consejo á los que tienen tiempo y espacio en la huerta de hacer algunos ensayos de las variedades que nombraremos á continuación; siempre estarán recompensados por una abundante cosecha de excelentes fresas, entre las cuales podrán elegir para su multiplicación ulterior las plantas que son más fructíferas y darán las frutas más grandes y mejores. Cada paquete de semilla vale 60 céntimos de peseta y da más de cien plantas.

Dividiremos la lista de las variedades que recomendamos en cuatro secciones, por orden de maduración, empezando por las más tempranas y acabando por las más tardías.

PRIMERA ÉPOCA.

Docteur Nicaise, May Queen, Princesse Royale, Vicomtesse Hericart de Thury, Marguerite Lebreton.

SEGUNDA ÉPOCA.

Docteur Morère, Elisa Rivers, La Reine, Louis Vilmoren, Lucas, Sir Joseph Paxton, Victoria.

TERCERA ÉPOCA.

Belle Bordelaise, Carolina Superba, Duc de Malakoff, Gloire de Zuidwik, Jucunda, La Chalonnaise, La Constante, Premier, Sabreur, Souvenir de Kieff, Barne's large White (fruta blanca).

CUARTA Y ÚLTIMA ÉPOCA.

Amiral Dundas, British Queen, Chili Orange, Eleonor Myatt, Elton improved, Lucie, Monseigneur Fournier, Napoleon III, Wonderful.

ESTANISLAO MALINGRE.

UNA EXCURSION Á ALHAURIN

Y Á LA COLONIA DE LA CAMPIÑUELA.

La vida periodística en provincias tiene dificultades y exigencias, por todo extremo fatigosas, y que apenas pueden comprender los afortunados colegas de la capital. Después de una crisis algo más prolongada que de costumbre, hallándome inclinado sobre mi pupitre arreglando papeles para sacar el pasto diario de las prensas de *El Avisador*, cuya feroz é insaciable glotonería hay momentos en que parece dispuesta á devorar, no ya sólo mi pensamiento, si que también mi humana personalidad, vi entrar á mi Director que, mostrándome unas cartas que traía en la mano: «amigo mío, me dijo: la campaña ha sido dura, pero fructuosa: estas cartas de felicitación y de nuevos suscriptores prueban que hemos subido honradamente un escalon en el aprecio público; lo cual es muy satisfactorio, y he querido participárselo; pe-

ro hay una cosa que no me satisface y es..... la cara de usted. Considero imprescindible que descanse una semana. Si estuviéramos en Madrid, le proporcionaría un billete de entrada en el salón de Conferencias del Congreso, que dicen es divertidísimo: aquí en Málaga, lo más distraído es el campo: busque V., pues, una escopeta y un perro, y váyase de cacería; yo aquí me las compondré como pueda.»

La impresión que en mí produjo este sencillo discurso no fué ménos grata que si hubiese oído uno de Castelar; pero con la ventaja de que aquí resultaba algo, ¡una semana de vacaciones! Esto era más de lo que yo jamás había soñado. Y como mis instintos y aficiones se encuentran exentos de toda tendencia sanguinaria, que alguna necesita siempre el cazador, y en su lugar he solido tener gran afición á las excursiones campestres y á la botánica libre y caprichosa, me retiré hácia casa pensando en el lugar adonde encaminaría mis pasos al día siguiente. Llegué, y encontrando sobre un velador la gran obra tan científica y pintoresca á la vez, del sabio Edmundo Boissier, sobre la flora bética (1), me ocurrió abrirla distraídamente por el principio de su *narración y geografía botánica*, no tardando en llamar mi atención las siguientes líneas de la página 42: «Después de recorrer como unas cinco leguas españolas, bajamos por una suave pendiente al valle de Alhaurin, verdadero paraíso terrestre, plantado de moreras y de naranjos, y regado por mil arroyos. Estos terrenos son naturalmente tan fértiles, que bajo sus sombras se veían aún madurar magníficas cosechas.

(1) EDMOND BOISSIER, *Voyage botanique dans le midi de l'Espagne pendant l'année 1837*. — 2 vol. avec planches. Paris. 1839-1845.

Es preciso haberlo visitado para tener idea del poder vegetativo del clima de la España meridional, cuando le favorece la humedad del suelo. Todo estaba lleno de frescura y de vida en una época en la que el ardor del sol seca completamente los alrededores de Málaga.....»

Con decir que me encontraba en la misma época del año en que escribía Boissier, renunció á prolongar la cita, por más que sean deleitosos los ditirambos que siguen, apoyados en el encuentro de multitud de plantas de nombre sumamente eufónico aunque latino. Pues no hay que dudar; á Alhaurin me voy. Formada tal resolución, encargué me prepararan un maletín y salí á tomar lenguas, informándome pronto de que había para este pueblo diligencia diaria desde la Estación de Cártama.

Y al día siguiente, por una mañana si es no es calurosa del mes de Julio, partía en el tren de las siete y cuarto, que media hora después me dejaba en la mencionada Estación, donde se disputaron mi transporte á Alhaurin, á la vez que el mayoral de la diligencia, varios conductores de estos carruajitos que hoy se sustituyen á las antiguas calesas y tarantas, y que por reunir lo más incómodo de unas y de otras pueden ser considerados como verdaderas diabluras, y se llaman *diabluras*.

Tomé al fin asiento en el coche-diligencia, que era bien descubierto y no del todo incómodo, experimentando marcada fruición á medida que, conforme se internaba el carruaje en la sierra, sentía soplar frescas brisas llenas de promesas en el sentido de las afirmaciones del citado sabio suizo: por

lo demás, el camino perfectamente construido y bastante bien entretenido, se presentaba llano y liso como el piso de un salón. Atravesamos el pueblo de Cártama saludando sus respetables ruinas, llenas de interesantes inscripciones romanas; faldamos después la sierra del mismo nombre, y penetrando por una estrecha garganta que la separa de un cerro aislado en que concluye y nombran el *Cerrajón*, nos encontramos en la entrada del valle de Alhaurin y dimos vista al pueblo.

Compréndese, cuando de una mirada se abraza el conjunto de tan delicioso valle, que las familias ricas de Málaga lo eligieran de muy antiguo para establecer sus quintas de recreo, aspirando todos á tener, cuando ménos, una casa con jardín en dicho pueblo. Y asimismo se comprende que en Alhau-



COLONIA DE LA «CAMPIÑUELA», PROPIEDAD DEL SR. D. MANUEL CASADO, EN MÁLAGA.

rin llegará á formarse una colonia inglesa de ricos comerciantes, como la había á principios de este siglo: y hasta que alguna lady de la alta aristocracia de Londres se estableciera entre sus huertas para concluir los días de una existencia agitada. Encantábame viendo lo frondoso de la arboleda y lo esmerado del cultivo en un terreno que, dividido y subdividido á lo infinito, daba tal variedad de aspecto á las labores y plantaciones, que más parecía cosa de recreo que de trabajo aquella.

—¿Se admira V. de esto? me dijo un joven eclesiástico que entre los pasajeros venía, y después supe había sido cura del pueblo; pues nada es en comparación de las márgenes del río Fahala, que se encuentra por el lado de Coin y que por éste no podemos divisar.

—¡Fahala! Qué sonido tan árabe tiene esa palabra.

—Lo mismo que Alhaurin, que quiere decir valle, por más que algunos etimologistas pretendan ser este pueblo resto de un *Laurus* romano. Es indudable que la época árabe fué la más importante para estas cercanías, llegando á ser tal su población, que sin salir de las posesiones actuales de mi amigo D. Manuel Casado, puede verse el emplazamiento de dos grandes pueblos ó ciudades que son Fahala por un lado, de la que atestiguan

imponentes muros en ruina, y Benamaqués, de sangriento recuerdo histórico, por la justicia que en sus habitantes sublevados mandó hacer D. Fernando el Católico; y todavía, distante ménos de un kilómetro, pueden verse en las torres de Ubrique los vestigios de otra gran población.

—Mucha fertilidad se necesita verdaderamente, para que en tan poco terreno se alimentaran tantos habitantes.

—Estos terrenos, mi joven amigo, producen en proporción á lo que se les pide, y la mejor prueba de ello la tiene V. precisamente en la transformación que ha podido operar en la colonia de la Campiñuela ese mismo señor Casado que he nombrado antes.

—¿Se refiere V. al autor de las *Pláticas agrícolas* que suele publicar *La Epoca*? pues también es amigo mío.

—Del mismo hablo: y si quiere V. aprovechar bien el tiempo, después que almuerce y tome un buen descanso en Alhaurin, podrá visitar el lindísimo nacimiento de San Anton, renombrado por lo cristalino de sus abundantes ondas; podrá ver la fuente de Lucena con sus doce gruesos caños de un agua que es preciso beber reservando la dentadura, tal está de fría; visitará los mejores jardines; y á la tardecita, con la fresca, bajaremos al

Fahala y haremos una visita al amigo Casado.

Nada me podía parecer mejor. Llegamos al pueblo cuando no eran todavía las nueve; almorcé y descansé en una buena casa de huéspedes que me indicó mi nuevo amigo; recorrí después, siguiendo sus indicaciones y sin temor al sol, varios deliciosos caminitos llenos de sombra y frescura que hacen comunicar las huertas; admiré los jardines de Larios, de Loring, de Mongrand, de Mowbray, de Crooke y no sé cuántos más; y á las seis de la tarde bajábamos en un carruajito que el mismo cura había proporcionado, por el camino de Coin, deteniéndonos al paso del río Fahala cuya corriente, como la de tantos otros en España, se hacía notar por su ausencia en aquellos días; y preguntando yo si, á semejanza de lo que en *EL CAMPO* decía en no lejana ocasión D. Francisco Silvela del Guadalmedina malagueño, habría que regar el Fahala cuando los de Alhaurin quisieran pasear sin polvo por su lecho....

—No hay que burlarse, contestó mi acompañante, que si las aguas del Fahala no refrescan sus riberas en el verano, no es porque se aminoren sus manantiales y sequen como los del Guadalmedina, que es un simple torrente, sino porque corren por otro cauce para sostener esas magníficas arboledas que principian en este punto y

se extienden hasta Sierra-Gorda, constituyendo la margen derecha del río la famosa Dehesa Baja, que comprende más de doscientas huertas, y ocupando la margen izquierda la colonia de la Campiñuela, que así ha querido llamarla D. Manuel Casado, del nombre antiguo de todo este partido, que se formaba con las dos Campiñuelas ó pequeñas campiñas, una más reducida en la jurisdicción de Coin, y otra más extensa en la de Alhaurin.

—¿Y es ésta última la que ha constituido en colonia nuestro amigo?

—Justamente; y por cierto que allí le veo venir hacia nosotros. Estaría en el inmediato limonar de la primera huerta, que es objeto de su especial predilección, á causa de estar plantado en un terreno rescatado del río por una defensa de chopos y cañas oportunamente situada. Y como después del afectuoso saludo, que era de esperar, admirásemos la situación de esta primera parte de la posesión, con un soberbio soto contra el río, las huertas de la Dehesa Baja formando anfiteatro en la margen opuesta y en lontananza, al pie de la Sierra, el pueblo de Alhaurin, cuyas casas se presentan por este lado enfiladas tras su grande, hermosa iglesia, cual numerosa manada de polluelos que sigue á la clueca, dispuestos á cobijarse bajo las entreabiertas alas, el propietario nos ofreció una vista fotográfica que un amigo suyo, impresionado cual nosotros por la belleza del paisaje, había querido sacar pocos días antes. Los lectores de EL CAMPO pueden juzgar por ella de la exactitud de nuestras apreciaciones.

En tan amena compañía seguimos después nuestra excursión, admirando alternativamente, ya las agrestes y pintorescas bellezas de las márgenes del Fahala, ya los frondosos naranjales y primorosas huertas de la Campiñuela. Y como no era posible visitar la colonia en toda su extensión, que se aproxima á media legua de largo, siempre lindando con el río, el Sr. Casado se propuso hacernos formar idea de su conjunto, llevándonos á tres puntos desde los cuales abarcásemos con la vista tres principales zonas, en que los accidentes del terreno dividen las treinta y dos huertas que actualmente hay formadas.

Cansada podía resultar para mis lectores la descripción de tanto árbol y de tanto huerto en banal, por más que para nosotros fuera todo motivo de agradables comentarios. Desde las eminencias, donde sin fatiga subimos, pues no eran altas, descubrimos tres paisajes enteramente distintos, por más que les diesen cierta uniformidad las casas de los colonos, que son todas de igual modelo y dimensiones, ostentando tres eucaliptus en la fachada de cada una, cuya corpulencia, destacándose sucesivamente sobre los naranjos primero, sobre álamos y chopos después, desafían evidentemente toda competencia, y elevan sus copas hasta las nubes, sirviendo á señalar desde las mayores distancias el punto que cada casa ocupa.

En todo esto, lo más notable es que cuando la finca, que era del Estado, fué adquirida por su actual propietario en 1859, no había en ella un solo árbol. Hoy se aproximan mucho á cinco mil los naranjos y limoneros en pleno producto, y no bajarán de veinte mil los membrillos, granados, higueros y demás frutales. Para verificar estas plantaciones, lo primero en que hubo que pensar fué en defender las tierras de las constantes acometidas de un río famoso por lo violento de sus avenidas, que la proximidad de la tierra hace crecer terriblemente en las grandes lluvias: no ménos de veintidos defensas hubo que construir por ello, bajo el sistema de pilotes de madera viva con cañas y piedras, clavando después con tal amparo chopos, mimbres y sauces, para asegurar la posesión de los terrenos que de un año para otro iban rescatándose de ese modo. La segunda vista fotográfica que nos regaló el Sr. Casado, tomada del soto central, puede dar idea de la frondosidad que se ha sustituido á los muertos arenales que de las inmediaciones resultaban. Una gran era, en la que el fotógrafo ha sorprendido á los labradores en el calor de sus faenas de recolección de mieses, da realce á la frescura de las inmediatas espesas alamedas, cuyos árboles no se pueden contar.

Concluiré diciendo cuatro palabras sobre el final de la posesión, que limita la llamada Sierra-Gorda, donde se halla el *Cerrete*, pequeño monte aislado, de figura perfectamente oval y que se eleva de 15

á 20 metros sobre la inmediata vega. Este cerrete ó pequeño cerro se halla coronado por una hilera de casas de colonos, emplazadas todas á la misma altura y á igual distancia en sus laderas. El canal de riego ó acequia, que puede llamarse la arteria generadora de la vida en las huertas, se comparte al llegar á este punto en dos brazales, con los que resultan regadíos para toda la circunferencia; las huertas están cortadas en forma irradiada desde la altura, formando un pequeño triángulo de secano para cada una, y extendiéndose en abanico después el regadío en la llanura. Nada más ordenado y pintoresco á la vez. Y sépase, para honra de los colonos de Alhaurin, así como para juzgar del bienestar y de la prosperidad que en la Campiñuela alcanzan, que voluntariamente, sin la menor suggestion del dueño, cada hortelano ha plantado de viña su trozo, con lo que todo el cerrete, que tiene una superficie de diez hectáreas, se ve cubierto de cepas admirablemente labradas.

Sobre tal eminencia se construye en este momento una capilla para el servicio religioso de la colonia, y la casa del amo, quien, procediendo con toda calma en materia de gastos que no fueran precisos para la prosperidad de las huertas, se ha contentado durante muchos años con ocupar unas habitaciones provisionales hechas en la casa de uno de los colonos. Mientras la colonia se formaba y acrecía, llevaba su plan adelante nuestro amigo, y teniendo señalado el sitio de la expresada construcción desde el primer día, lo rodeó de un cerco de quince hermosos pinos, que, ya crecidos, se divisan desde toda la hacienda; en los intervalos hizo plantar parras, que sujetas y enlazadas á los dichos pinos, forman hermosos festones que rodearán el edificio; ¿qué mejor decorado para una construcción campestre?

También de esta parte de la hacienda nos regaló una fotografía el Sr. Casado, la cual juzgo tanto más interesante, cuanto que, además de dar idea de la distancia á que suelen encontrarse las casas de los colonos y de ofrecer la vista del *Cerrete*, con el emplazamiento del edificio citado, que debe quedar concluido en el presente verano, señala la corpulencia y altura de unos eucaliptus que, á los nueve años de plantados, tienen troncos de dos metros, y alguno alcanza á 2^m,10 de circunferencia. Según recuerdo, se tiene por el más notable de los eucaliptus de España uno que ha tenido el Sr. Brigadier Burrueso, y media 2^m,20 á los doce años de plantado. El Sr. Casado nos mostró más de cincuenta de dimensiones aproximadas á los ya citados, con los mismos nueve años de edad, y en las claras de los sotos acaba de poner dos mil. Como se ve, es exacto que esas tierras dan en proporción á lo que se las pide, es decir, según se las labra, y los Alhaurineños son los mejores labradores del mundo.

Si durante dos breves horas de paseo pudimos así reconocer lo que pueden la inteligencia y el trabajo en un terreno fértil, el regreso al pueblo, ya de noche, nos dió motivo de conocer también cuáles pueden ser los efectos de un carácter abierto y bondadoso. La aproximación hacia nosotros de una comitiva extensa llevando luces, que acompañaba un convoy de acémilas cargadas, coincidiendo con el sonido de bélicas trompetas, nos hizo creer en el casual encuentro con un destacamento de tropa, no obstante la irregularidad que en los toques advertíamos. Era una banda de más de cuarenta músicos aficionados del pueblo, que sabiendo se encontraba D. Manuel Casado en la Campiñuela, iban á darle una serenata, llevando al efecto sus faroles y atriles: unímonos á ellos, no sintiendo el cansancio, deseosos de ver la sorpresa de nuestro amigo y de juzgar de los progresos de aquellos jóvenes, que hacía pocos meses habían fundado la filarmónica asociación, y que con excelentes instrumentos, adquiridos bajo la dirección del profesor militar de reemplazo D. José Serás, tocaban ya piezas de conjunto muy agradables, y de ello puedo dar fe, y sirva este recuerdo que aquí consigno de consuelo al apreciable fundador, que pocos días después fué llamado por sus jefes, con gran sentimiento suyo y de sus discípulos. Hoy es músico mayor del regimiento de Garellano, que guarnece á Madrid, y si lee estos renglones, recordará con gusto seguramente el pueblo de Alhaurin y la colonia de la Campiñuela.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

ENSEÑANZA DE LA AGRICULTURA EN LAS

ESCUELAS PRIMARIAS.

En ningún país es tan perjudicial como en España el desden con que se mira cuanto se relaciona con la enseñanza agrícola. Las pocas veces que los Gobiernos se han preocupado acerca de este asunto, si dieron señales de buenas intenciones, manifestaron completamente que desconocían los términos en que el problema debía plantearse, y si algo han hecho en el sentido indicado, es lo que exige una lenta preparación, y lo que sólo puede prosperar cuando se ha comenzado, como es natural y lógico, por lo más elemental rudimentario.

Crear escuelas centrales de agricultura, y alguna que otra granja-modelo, mientras tanto que en las escuelas primarias no se dan nociones ni teóricas ni prácticas de la ciencia agrícola, es comenzar la erección de un edificio por la cúpula, lo que equivale á intentar la realización de lo imposible y absurdo. Acaso se recordará que las leyes de instrucción pública establecen como obligatorio el estudio de los rudimentos de agricultura en las escuelas primarias; pero teniendo en cuenta que muchos pueblos rurales carecen todavía en España de todo elemento constante de instrucción, que donde éstos existen, la mayor parte de los habitantes no concurren á ellos; que los profesores carecen de los conocimientos necesarios para la enseñanza teórica y práctica, y que faltan por completo los libros de texto adecuados y propios, se comprenderá fácilmente que no se exagera al suponer que en esta materia reina, por desgracia, el más absoluto abandono.

Con la creación de institutos centrales, montados hasta si se quiere con lujo, y en los cuales se da una enseñanza agrícola completa, nada ó muy poco se adelanta, como no sea crear una nueva carrera más de muy escasa aplicación, y hacer que de aquellos centros salgan todos los años unos cuantos jóvenes que, con el pomposo título de ingenieros agrónomos, no encuentran ocupación adecuada para la clase de conocimientos que han adquirido.

En España escasean, si no es que faltan por completo, las explotaciones agrícolas en grande escala, en las cuales puede tener idénea aplicación el que ha dedicado parte de la juventud al estudio profundo de la agricultura, por que aun en aquellas comarcas en donde la propiedad se halla poco dividida, el cultivo se hace rutinariamente, dedicándose la mayor parte de los terrenos á la cría de ciertas especies de animales de dudosa utilidad para la agricultura. Por esta razón, los ingenieros agrónomos no encuentran ocupación alguna, fuera de la que puede proporcionarles la esfera oficial, y de aquí que se note el aparente contrasentido, de que cuantas más disposiciones se dictan por el Ministerio de Fomento para desarrollar los centros de enseñanza de que hablamos, más escaso es el número de alumnos que á ellos concurren.

Todo esto depende, según ya hemos indicado, de que este problema se ha planteado en términos completamente absurdos, pues antes de llegar al establecimiento de las granjas-modelo de las estaciones regionales agronómicas, y de los centros superiores de instrucción agrícola, debió haberse comenzado, pero en realidad, no en la apariencia, por establecer sobre bases aceptables y racionales la enseñanza de la agricultura en las escuelas de instrucción primaria en todos los grados que ésta abarca.

Para tal efecto, lo primero que se necesita es un profesorado capaz é inteligente, y esto de ningún modo puede realizarse mientras los que se dedican á esta tarea se hallen sujetos á los caprichos de campanario, sean víctimas de las rencillas y rencores de los pueblos pequeños, y se vean expuestos á la miseria, por que los encargados de entregarles sus mezquinas dotaciones atienden antes á cualesquier otros servicios, por insignificantes que sean, que al de la instrucción, que miran con cierto desden, por lo mismo que en su mayor parte desconocen sus inmensas ventajas.

En las escuelas normales es relativamente fácil dar á la enseñanza agrícola la importancia y el desarrollo necesario, para que de ellas salga en breve un profesorado que pueda inculcar en la tierna inteligencia de los niños las nociones indispensables, tanto teóricas como prácticas, á fin de que en su día sean entendidos cultivadores, pues una vez fundamentada de un modo conveniente la ciencia, y establecidos los principios y prácticas racionales, es posible por medio de la lectura en obras y en periódicos ampliar las nociones y adquirir los conocimientos necesarios para el cultivo según las diversas localidades; pero para esto es preciso en primer término asegurar la situación del profesorado, pues ya que se le ha de exigir superior instrucción que ahora, justo es que la recompensa sea mayor, y sin las eventualidades á que hoy se halla sujeta.

Esta medida reclama también otra, que es el establecimiento de la enseñanza primaria obligatoria, ó ya que esto no quiera preceptuarse de un modo imperativo, al ménos, que á este resultado se llegue por medios indirectos que destruyan poco á poco la aversión instintiva que hoy se siente hacia la enseñanza, ya á causa de la general ignorancia, ya también por el influjo que ejercen la necesidad y la codicia, que impulsan á muchos padres á aprovecharse antes de tiempo del trabajo de sus hijos.

Y no se crea que una vez conseguido esto la tarea es imposible, por que aunque es un principio rudimentario que la enseñanza de la agricultura ha de ser á la vez teórica y práctica, esto último puede verificarse en la escala conveniente sin necesidad de grandes dispendios, ni de terrenos de experimentación, ni del acopio del material agrícola, ni, en fin, de los gastos del cultivo. Esto podría hacerse, por ejemplo, en los grandes centros de instrucción y en las capitales de provincia; pero aunque no rechazamos este medio como adecuado para ciertas experiencias y aun para la formación del profesorado, sin embargo, en lo que atañe á la enseñanza agrícola elemental, si ha de alcanzar á la generalidad de los cultivadores, hay que proceder de muy distinta manera.

La cuestión, por lo tanto, ha de plantearse en estos sencillos términos. ¿Es posible la enseñanza de la agricultura práctica por medio de los libros y con el auxilio de las lecciones orales? Antes de entrar en otro género de consideraciones debemos examinar este punto.

Créese en general que la práctica de la agricultura consiste en el uso de la azada, de la pala, del arado, etc., y esto es un error, porque el manejo de los instrumentos aratorios no es otra cosa que la parte mecánica de la industria rural. El fabricante de productos agrícolas debe saber labrar, cavar, mullir el terreno, escardar, etc.; pero con todo esto sería un cultivador muy imperfecto, puesto que no sabría más que manejar los instrumentos de su arte, y además de esta práctica, necesita una instrucción más completa y elevada que le haga comprender que para que su trabajo sea provechoso, debe ser ejecutado según ciertas condiciones y con sujeción á determinadas reglas.

El cultivador inteligente que sabe que el éxito de su cosecha depende de la perfección de las labores que practique, muy pronto aprenderá á manejar hábilmente el arado, y sabrá mejor todavía escoger el instrumento aratorio más conveniente para la explotación que intente, al paso que el ignorante tendrá que atenerse siempre á los métodos rutinarios. ¿Por qué se nota tanta dificultad para introducir en España el uso de instrumentos agrícolas perfeccionados? Muy sencillo, por que la mayoría de los cultivadores son demasiado ignorantes para conocer la superioridad de los recientes inventos.

La propagación, pues, de esta clase de instrumentos es asunto que atañe á las Juntas de Agricultura, á las Diputaciones provinciales, Sociedades Económicas, al Estado, en fin; pero hasta tanto que el profesor no haya demostrado á la generalidad de los cultivadores que la economía de la mano de obra y el rendimiento de las cosechas se hallan subordinados á la perfecta práctica del trabajo agrícola, los instrumentos perfeccionados no se difundirán por todo el país.

Tratemos ahora de demostrar que es posible enseñar agricultura práctica en las escuelas primarias, por medio de libros de texto bien escritos y puestos al alcance de todas las inteligencias, y con el auxilio de las lecciones orales; para esto nos bastan indicar la verdadera significación de las palabras *práctica* y *teoría*. ¿Qué es la teoría? La explicación racional de los hechos. ¿Qué es la práctica? La aplicación racional de la teoría. Por ejemplo, cuando se dice que para preparar una hectárea de terreno destinado al cultivo de la remolacha es preciso darle dos ó tres labores de 30 centímetros de profundidad, rastrellándole repetidas veces hasta que se halle completamente mullido, y abonándole con 60 ú 80 metros cúbicos de estiércol, según los casos, etc., etc., entonces se da una lección práctica; pero si en seguida se explica la razón de estas labores, el por qué de la necesidad del rastrellado, del abono y de la distancia que ha de haber entre las plantas, entonces la lección es puramente teórica. Si se añade que el cultivo de las raíces es menor cuando está mal hecho; que con una mala labor y escaso abono solamente se obtienen de 6 á 8.000 kilogramos de remolachas por hectárea, al paso que practicando las operaciones tal como lo hemos manifestado más arriba, se recogerán de 80 á 100.000 kilogramos de raíces por hectárea, es evidente que los que hayan entendido la lección cultivarán las remolachas con éxito.

Pero no es esto solo. Fácilmente se puede demostrar que en las escuelas primarias es posible dar lecciones de Fisiología animal y vegetal, y hasta de Física y Química á los hijos de los simples agricultores, sin exigir para esto que sean más instruidos que ahora, es decir, con tal que sepan los necesarios rudimentos de lectura y escritura; pero para esto es preciso traducir la ciencia á los términos más usuales, ó lo que es lo mismo, colocar el lenguaje escrito ó hablado al alcance de todas las inteligencias.

La explicación teórica de la fermentación de los estiércoles, si se hace empleando el lenguaje técnico y científico, no sería comprendida por la mayor parte de los bachilleres de filosofía, y eso que han debido estudiar elementos de química en los Institutos; y sin embargo, esta explicación tan ardua y erizada de términos científicos, puede ser comprendida por hombres completamente ajenos á todo estudio, siempre que se emplee un lenguaje sencillo y adecuado.

Podríamos multiplicar los ejemplos, pero uno solo bastará á nuestro propósito. Para esto extraeremos algunas líneas del *Curso de Agricultura teórica y práctica*, que para el uso de los más simples cultivadores ha escrito Mr. E. Janet, en el cual se explica el papel que desempeñan los silicatos de cal y de potasa en la formación y la composición química de las gramíneas (gran familia vegetal que cubre nuestras praderas y suministra ricos productos á nuestros graneros), de una manera comprensible para todo el mundo, y eso que se trata nada menos que de una cuestión de fisiología vegetal, desconocida de la mayor parte de las gentes de mundo.

Dice así el ilustrado escritor á que nos referimos:

«Los abonos son especialmente útiles en toda clase de praderas, puesto que aumentan los productos de un modo asombroso. Las magníficas cosechas de trébol que se recogen en algunas posesiones son debidas al empleo de la cal como abono.

«Yo quisiera poder explicarlos con toda exactitud el efecto de los abonos sobre las plantas, pero no me comprenderiais; y por otra parte, los más eminentes sabios no se dan cuenta del todo de estos fenómenos. Voy, sin embargo, á intentar la explicación de por qué la cal y las cenizas coladas producen tan buen efecto en las praderas y en los campos de trigo.

«Todos los granos, casi sin excepción, son de la misma familia que las hierbas, y ya sabéis que sus hojas son largas y estrechas y los tallos que sostienen la espiga tienen la forma de un tubo. Estos tubos se hallan cubiertos de una ligera corteza reluciente que se parece al cristal. Tomad una paja de trigo, quitadle esta corteza con la punta de un alfiler y se dividirá en pequeñas escamas, á través de las cuales se ve la claridad. Acaso no exista uno solo de vos-

otros que no se haya cortado alguna vez, deslizando las manos por las largas hierbas, porque están guarnecidas de dientes pequeños en forma de sierra.

«Acaso os asombraréis al deciros que la materia que cubre estos tallos de paja y de heno, y guarnece las orillas de cada hoja, es absolutamente de la misma naturaleza que los vidrios de las ventanas de vuestras casas; pero comprenderéis esto cuando os explique los materiales que entran en la composición del vidrio.

«Tómase arena, arcilla y cenizas en cantidades iguales, y después de haberlas reducido á polvo y de mezclarlas perfectamente, se meten en un horno, que se calienta al rojo blanco. Al poco tiempo estas tres sustancias se funden y convierten en una masa pastosa y trasparente, que se endurece algunos minutos después de haber salido del fuego. Cuando todavía está blanda, se fabrican con ella cristales de todas clases, botellas, vasos, etc. También se hace el vidrio poniendo cal en vez de ceniza. Lo más extraño en todo esto es que por mucho que se calienten las tres sustancias citadas aisladamente no llegan nunca á fundirse.

«Ahora comprenderéis por qué la cal, y sobre todo la ceniza, son materias excelentes para abonar las tierras destinadas á los trigos, pues cuando las pajas contienen más vidrio ofrecen más resistencia, los sembrados no se encaman y producen abundancia y excelentes productos.»

Fácilmente se concibe que cuando al joven alumno se le ha hecho comprender en la escuela de primeras letras por medio de una explicación que se halle al alcance de su inteligencia y de las escasas luces que todavía posee, la utilidad de la cal y de las cenizas para el abono de las praderas naturales y de las tierras arables sembradas de trigo, se dedicará, cuando llegue á ser cultivador, á procurarse estas sustancias, puesto que no ignora que sin ellas no podrá obtener abundantes cosechas.

Si se le demuestra también por medio de razonamientos y ejemplos adecuados que la fermentación del estiércol produce como resultado inevitable la pérdida de la parte más fertilizadora de este abono, le empleará en todo lo posible al salir del establo ó de la caballeriza, en lugar de dejarlo, como ahora hacen la mayor parte de los cultivadores, por espacio de meses y aún años, bajo la influencia de la lluvia y del sol, creyendo erróneamente que el estiércol es mejor cuanto más antiguo.

Y no se piense que esta cuestión tiene tan pequeña importancia como á primera vista parece, sino que es preciso tener en cuenta, por el contrario, que todos los años se pierde una enorme masa de ázoe que se difunde en la atmósfera en forma de gas amoniacal, con gran perjuicio de las plantas cultivadas que carecen de tan principal elemento de fertilidad. Como la agricultura obra en mucha más vasta escala que todas las demás industrias, que la más insignificante pérdida repetida en este inmenso laboratorio supone la falta de centenares de millones, porque no se trata solamente de la disminución del producto de un año, sino de que se va privando poco á poco al suelo de los principios fertilizadores hasta que llega á agotarse por completo.

El problema, como se ve, es muy importante, y de absoluta necesidad hacer supremos esfuerzos para establecer la enseñanza de la agricultura en las escuelas primarias y con más especialidad en las zonas agrícolas, en atención á que los agricultores no suelen abandonar los lugares donde nacieron, y no pueden adquirir cierta clase de conocimientos con el roce de los demás.

Hasta ahora por lo general se ha echado la culpa en primer término del estado lastimoso en que se encuentra nuestra agricultura á la falta de capitales, y por esta causa se ha pensado muchas veces en el crédito territorial, en los bancos agrícolas y en otra porción de combinaciones encaminadas á librar á la numerosa clase que se dedica á los trabajos del campo de la usura que la agobia; pero sin que dejemos de asignar la conveniente importancia á cuanto se roza con esta vitalísima cuestión, ni neguemos tampoco que es necesario resolverlo de una manera oportuna para la realización de un buen sistema de crédito agrícola, á fin de que la tiranía que hoy ejerce el capital disminuya notablemente ya que no puede desaparecer por completo, nada habremos adelantado, si al ofrecerle en aceptables condiciones recursos á la Agricultura, no se le da la enseñanza necesaria para que su empleo pueda ser útil y provechoso. No es necesario esforzarse mucho para demostrar lo que la experiencia nos enseña diariamente, no sólo en España, sino en los demás países, en los cuales los trabajos agrícolas se verifican con mayor acierto, es á saber, que el cultivador rico, pero con escasos conocimientos, camine inevitablemente á su ruina, al paso que el agricultor inteligente, con un escaso capital, llega muchas veces á fuerza de tiempo y laboriosidad á un estado de bienestar superior á lo que podría esperarse, dados sus exigüos recursos.

En agricultura la inteligencia, ó lo que es lo mismo, la instrucción, es el primero de todos los capitales, porque hace fructificar el capital dinero, el capital abono, el capital trabajo, y por consecuencia, el capital terreno; y sin la instrucción que vivifica, duplica y triplica la producción, extrayendo por medio del cultivo intensivo la mayor unión de resultados en el menor tiempo posible, la ruina del cultivador es inevitable, y si esto no ocurre por completo, porque se contente con un pasar estrecho y mezquino, no por eso dejará de ser un elemento perjudicial á la sociedad, porque destruye la tierra que le ha sido confiada, en vez de enriquecerla y enriquecerse él mismo empleando para ello un cultivo acertado y conveniente, según sus medios, las condiciones en que se halle, el clima, la calidad del suelo y otra porción de circunstancias que han de tenerse presentes para la resolución de esta clase de problemas.

Reúnanse, pues, los dos capitales, la instrucción y el dinero, y entonces se obtendrá una rápida mejora y un desarrollo portentoso, porque el dinero se acerca siempre á la inteligencia. Así como observamos que nunca faltan en la industria manufacturera el dinero y el crédito á quien fabrica bien y con economía, tampoco faltarán á la agricultura, cuando supiese emplearlos con fruto, porque en este

caso semejantes capitales producirían un interés muy superior al que podría obtenerse en otra clase de legítimas negociaciones.

Antes, pues, de la creación de los bancos agrícolas, debe pensarse en enseñar al cultivador á que haga un útil empleo de los recursos que en ellos ha de obtener, pues de no ser así, se corre el riesgo de que el mal aumente en vez de disminuir con el establecimiento de ciertas instituciones de crédito, puesto que se darán elementos á los que no saben manejarlos, y que por lo mismo no podrán hacerlos producir en la escala necesaria.

Si la enseñanza profesional agrícola se hiciese obligatoria en todas las escuelas elementales, se crearían algunos millones de inteligentes cultivadores, y de esta suerte la agricultura progresaría sin cesar, pues sobre esta primera base sería muy fácil después establecer una propaganda eficazísima por medio del libro y del periódico, convirtiéndose, como debe ser, esta grande industria en la base primordial de la riqueza pública.

Esta es también la única manera de resolver de un modo conveniente y pacífico el problema social que cada vez nos amenaza más de cerca. El aumento de los productos del suelo elevaría proporcionalmente el salario de los obreros agrícolas, asegurando para siempre la suerte de esta numerosa clase de trabajadores; la disminución del precio de los productos alimenticios mejoraría inevitablemente la posición de los obreros de las ciudades manufactureras, y como el salario de los braceros dedicados á las faenas agrícolas llegaría á ser mayor que el de los obreros de los centros industriales, concluiría esta deplorable competencia que engendra las huelgas, la miseria y el desorden, porque entonces los brazos se pagarían á mayor precio por lo mismo que serían menos numerosos.

No por esto el trabajo manual habría de ser más caro que hoy, porque el obrero mejor alimentado daría cada día mayor suma de productos, puesto que podría sin aniquilarse desarrollar mayor suma de fuerza muscular.

Hé aquí apuntados sumariamente los múltiples problemas que se rozan con la enseñanza general de la agricultura, y la necesidad de que los Gobiernos atiendan con urgencia á remediar el deplorable estado en que este ramo se encuentra.

Para ello, volvemos á repetirlo, es indispensable que se varíe completamente de sistema, que se comience por el principio, que se dedique gran atención á la instrucción primaria, que se exija á los profesores el suficiente conocimiento en materias agrícolas, asegurándoles al mismo tiempo una situación decorosa y estable, pues cuantas sumas se inviertan en tan importantísima materia, por crecidas que sean, producirán al cabo de poco tiempo incalculables bienes para el país y un aumento de riqueza imponible que acrecentará los ingresos del Tesoro público.

MANUEL G. LLANAS.

LA FILOXERA.

TRATAMIENTO DE LAS VIDES ENFERMAS POR EL SULFURO DE CARBONO.

Decíamos en el último número de EL CAMPO que del método que se observa depende exclusivamente el buen ó el mal éxito del tratamiento de las vides enfermas por el sulfuro de carbono. En un principio se emplearon hasta doscientos gramos de este poderoso tóxico por cepa, y se mataba la planta al propio tiempo que el insecto; más tarde se redujo la dosis hasta quince ó veinte gramos; no padecía la planta, pero quedaban algunos insectos vivos en el suelo, y á los pocos meses se habían multiplicado en cantidad tan prodigiosa, que no había mucha diferencia entre las cepas tratadas y las que no lo habían sido.

De allí resultó un gran descrédito para el sulfuro de carbono. Felizmente no todos desesperaron de su eficacia, y algunos comprendieron que el resultado negativo se debía más bien al mal procedimiento seguido que al mismo insecticida. M. Talabot, Director de la Compañía de los ferro-carriles de París á Lyon y al Mediterráneo, en vista de los resultados parciales obtenidos en el año de 1876, dispuso que en el siguiente se hiciera una serie de experiencias, las unas *rigorosamente científicas* y las otras prácticas y de aplicación al cultivo en gran escala, encargando la dirección de esos trabajos á M. A. F. Marion, profesor de la facultad de Ciencias de Marsella, y Delegado de la Academia de Ciencias de París.

Tenemos á la vista la voluminosa Memoria *llena de hechos* que el ilustre sabio dirigió á la citada Compañía de ferro-carriles y que ésta mandó imprimir y repartir gratuitamente á todos los viticultores de la región en inmensa profusión. No podemos describir, ni siquiera brevemente, los procedimientos de que se valió el profesor Marion, y debemos contentarnos con exponer sus conclusiones y reseñar los resultados obtenidos, por no alargar demasiado este artículo. Bastará que nuestros lectores sepan que en estos estudios y experiencias nada se deja á la imaginación, al raciocinio, y que todo se comprobó por la observación de hechos indisputables.

Se reconoció desde un principio que en vez de aplicar fuertes dosis de sulfuro de carbono en una sola vez, era preferible emplear y repetir las pequeñas de quince á veinte gramos *por metro cuadrado* y no por cepa, en dos ó tres ojeros. En efecto, como lo había indicado ya M. Dumas, la duración ó la persistencia en el suelo del gas sulfocarbónico es más eficaz que su intensidad. Una sola aplicación del líquido, á razón de veinte gramos *por metro cuadrado*, deja con vida seis á ocho por ciento de los insectos; con una dosis de treinta y seis gramos quedan todavía un dos á cuatro por ciento; es preciso emplear cincuenta y cinco á sesenta gramos *por metro cuadrado* para obtener la destrucción completa de todos los insectos en una sola aplicación. Por el contrario, dos aplicaciones de cada una diez gramos, ó

sea de veinte gramos por metro cuadrado, con un intervalo de cinco á seis días, no perdonan sino el uno por ciento de los pulgones vivos; las dosis de veinte y ocho á treinta gramos en dos aplicaciones reiteradas, no dejan ni uno vivo, resultado que no se obtiene de una sola aplicación sino con cincuenta y cinco á sesenta gramos.

Las experiencias se han hecho con bastante frecuencia y en suelo de composición bastante variado para que estos datos merezcan toda confianza.

Hemos repetido varias veces y subrayado por metro cuadrado, para que no haya confusión en la mente de nuestros lectores. No basta tratar solamente las cepas; es preciso aplicar el sulfuro de carbono á todo el terreno por donde se extienden las raíces, presas del pulgon; este tóxico, por poderoso que sea, no puede matarle adonde no alcanza. Los vapores de diez gramos de líquido no van más allá de ochenta á ciento veinte gramos del ojero donde se han vertido, de manera que si se aplican solamente al pie de la cepa, todos los insectos que se hallan sobre las raíces que se adelantan fuera de ese radio no sufren la menor molestia.

Por lo demás, el sulfuro de carbono debe aplicarse por personas prácticas y entendidas, porque hay mil pequeñas precauciones que pueden influir sobre el éxito de la operación, y por haber querido dirigir por sí los trabajos muchos propietarios han obtenido malos resultados. Cada uno en su oficio: una experiencia mal hecha nada prueba.

Por otra parte, si la observación ha revelado la necesidad de someter al tratamiento toda la superficie del terreno, también ha demostrado que era inútil ahondar los ojos en que se deposita el sulfuro de carbono líquido más bajo que cuarenta á cincuenta centímetros, porque los vapores de éste, que pesan dos veces y medio más que el aire, descienden hasta un metro y medio ó más, y los pulgones que se hallan á gran profundidad reciben más seguramente la muerte que los que viven casi á la superficie.

Todos los viticultores que han seguido puntualmente el método recomendado por la Compañía de los ferro-carriles de París á Lyon y al Mediterráneo, han curado y salvado sus viñas, y cada vez que ha habido un fracaso, se reconoció después que no se habían observado con precisión las reglas indicadas.

El sulfuro de carbono es susceptible de inflamarse y hasta de estallar, durante los calores, pero no tanto como se ha dicho, puesto que se empleó en gran cantidad el año pasado en el Mediodía de Francia, durante el verano, y por jornaleros del campo no acostumbrados á manejar sustancias peligrosas, y no resultó un solo accidente grave. Tampoco es cierto que ofrezca grandes inconvenientes para la salud de los obreros, por la razón muy sencilla que el gas sulfocarbónico, más pesado que el aire, como el ácido carbónico, tiende á extenderse sobre el suelo en una capa más ó menos densa. Los obreros que lo han empleado no se han resentido lo más mínimo en su salud y no muestran repugnancia á dedicarse á ese trabajo. Únicamente en una atmósfera confinada en un edificio donde no se renueva el aire, el gas sulfocarbónico puede perjudicar á la salud del hombre. No faltan otras industrias mucho más nocivas que por esto no se abandonan.

Por lo demás, los que quieren evitar los inconvenientes que con más ó menos fundamento algunos atribuyen al sulfuro de carbono líquido, pueden emplear los cubos de Rohart, que bajo un pequeño volumen contienen diez gramos del mismo agente aprisionados en gelatina y que no se evaporan sino cuando ésta se hincha por la humedad del suelo y abre sus poros. Esos cubos no se inflaman, ni estallan, ni dejan escapar la menor cantidad de gas sulfocarbónico mientras se conservan en un sitio seco: su aplicación es sencilla y al alcance de todos los obreros; su eficacia es la misma que la del sulfuro de carbono líquido.

Ahora, para demostrar los buenos resultados del sulfuro de carbono en las aplicaciones generales, no buscaremos ejemplos entre los miles citados por el profesor Marion; estamparemos lo que dice el redactor jefe del *Moniteur Vinicole*, en el número de 28 de Agosto último pasado de dicho periódico. Hacía M. Terrel de Chênes una excursión en el Mediodía de Francia en compañía de la Comisión internacional de Viticultura, y se expresaba del modo siguiente:

«Pobre Francia meridional! ¡Cuántas ruinas! ¡Cuántos magníficos viñedos han desaparecido! Aquí encuentro muchas cepas muertas, que ni aún se arrancaron; allá veo inmensas superficies de terreno sin cultivo, esterilizadas por el sol y las malas hierbas. Un poco más lejos aprecio unas viñas sin verdura, sin fruto, abandonadas por el viñador, cuyos alegres cantares han cesado.

Y sin embargo, en medio de tantas devastaciones, de tantas ruinas, se revelan de vez en cuando bellas esperanzas de magnífica cosecha. Hé aquí cerca de Tolon, en la llanura de La Garde, una viña que dará doscientos veinte hectólitros de vino por hectárea, donde ha recibido el tratamiento de la Compañía del ferro-carril de París á Lyon y al Mediterráneo. En las demás partes que no se han tratado no dará casi nada. La filoxera ha destruido todo.

En otra localidad, bajo la influencia del mismo tratamiento, en lo alto de una colina, de pendientes abruptas, una viña promete á su propietario ciento veinte hectólitros por hectárea de un vino que he probado, y que vale 50 francos el hectólitro. Son unas víctimas sustraídas por la energía á la voracidad de la fiera. ¿Por qué esa energía no se hace más general?»

Semejantes hechos se ofrecen á cada instante á la vista del viajero que atraviesa el Mediodía de Francia. ¿No son concluyentes? ¿Quiéren acaso los detractores del sulfuro de carbono que la ciencia encuentre un insecticida que mate el pulgon donde no se aplique ó se aplique de cualquiera manera? ¿No comprenden que ellos mismos se hacen los cómplices de la pequeña fiera, desacreditando el único medio con que se puede detener y aminorar sus devastaciones? ¿No tienen la culpa de que no se generalice el tratamiento? Realmente los que impiden por sus predicaciones el empleo del sulfuro de carbono, por amor propio ó ignorancia, merecen el título de *Protectores de la filoxera*.

Es cierto que el gasto está en muchas ocasiones superior á la utilidad que rinde una viña, y que, por consiguiente, su propietario, abandonado á sus propios recursos, no puede aplicar el sulfuro de carbono. Pero el propietario de una viña atacada no es el solo interesado en ahogar el azote en su cuna, ó por lo menos en impedirle que se propague con intensidad: los demás propietarios cuyas viñas están situadas más ó menos lejos del foco de infección, tienen el mismo interés para evitar la invasión: ¿por qué dejar entonces todo el gasto á cargo sólo del primero?

No se puede exigir en buena justicia que el propietario de una viña atacada la someta en beneficio de la generalidad á un tratamiento que le ocasionaría una pérdida anual de que no podría resarcirse; pero la dificultad se resuelve fácilmente por la creación en cada provincia ó en cada región vitícola de una asociación de seguros mutuos y obligatorios por una ley especial, entre todos los propietarios de viñas de la misma provincia ó región, no para pagar indemnizaciones, como se hizo en Suiza, sino para aplicar los medios curativos que la ciencia y la experiencia han sancionado.

Rechazamos el sistema de las indemnizaciones, porque es demasiado sujeto á abusos y corruptelas; la asociación no debe tener otro objeto que el de aplicar pronto lo que quiera se revele un foco filoxérico, con energía y sin perder un día, ni economizar nada que sea útil, el sulfuro de carbono en una ú otra forma reconocida eficaz.

Repartidos entonces los gastos hechos en una pequeña superficie sobre otra mayor, estarán llevaderos para todo el mundo y no se resentirá en nada la riqueza particular ó pública.

La asociación de seguros mutuos y obligatoria por la ley, es el único medio de conseguir que el tratamiento se haga general, como le reclamaba M. Dumas, para que sea eficaz. Jamás los propietarios de viñas, aislados y reducidos á sus propios recursos podrán luchar contra la filoxera con éxito, y la misma Administración pública quedará impotente, porque no puede disponer en favor de una industria de las contribuciones que pagan todas las demás. La vid debe socorrer la vid.

Por lo demás, el arranque y quema de las cepas visiblemente enfermas cuesta mucho más caro y no resuelve nada, puesto que deja muchos insectos en el terreno y que otras cepas en las cercanías que aparecen lozanas y vigorosas llevan ya el germen de la enfermedad, cuyos síntomas aparecerán en los años siguientes. Por consiguiente, es preciso recurrir al sulfuro de carbono ó no hacer nada contra el terrible azote, y como el hombre no puede renunciar á la lucha, ni abandonar una fuente de riqueza tan considerable, debe asociarse para arbitrar los recursos económicos.

La Ciencia ha cumplido su misión revelando las propiedades del sulfuro de carbono é indicando los métodos de aplicación. A los viticultores corresponde la organización general de la defensa por medio de las asociaciones de seguros ó de *socorro mutuo*. En sus manos está desde ahora la salvación de la viña y de tan importante ramo de la pública riqueza.

Después de escritas las líneas que anteceden, llegó á nuestras manos una breve reseña de los trabajos del Congreso filoxérico de Montpellier, y á pesar de haberse congregado allí en gran número los partidarios en absoluto de las vides americanas, y por consiguiente los adversarios hasta cierto punto de los insecticidas, vemos que el Presidente, M. Gaston Basille, en sus conclusiones no ha podido menos de reconocer que el sulfuro de carbono, aunque costoso, debe emplearse en la defensa de las viñas cuando principia la invasión, si bien añade «principalmente en los terrenos húmedos.» Pero como el digno Presidente de la Sociedad de Agricultura del Haranet se había expresado de otro modo en el Congreso Agrícola de París hace pocos meses, y como por otra parte el sulfuro de carbono acaba de dar magníficos resultados en todo el Mediodía de Francia, donde no había llovido desde hace muchos meses, esperamos que nuestros adversarios acabarán también por dejarse convencer, y no persistirán en combatir el único medio que puede aminorar los estragos de la filoxera.

VIDES AMERICANAS.

Muchos propietarios del Mediodía de Francia fundan grandes esperanzas en las vides americanas para reconstituir los viñedos destruidos por la filoxera. En efecto, algunas especies han resistido hasta ahora á las picaduras del insecto, y dos ó tres de la casta del *Scuppernon*, no han sido todavía atacadas. De esas vides resistentes, las unas dan vinos más ó menos aceptables, como el *Jaques*, el *Cliton*, el *Delaware*, el *Taylor*, etc.; las otras, como el *Cordifolia*, el *York-Madeira*, etc., pueden servir únicamente de patron para ingertar las clases no resistentes, y especialmente las asiático-europeas que producen nuestros excelentes vinos.

Pero otros muchos viticultores se oponen á la propagación de las vides americanas, por las siguientes razones: 1.º, que su resistencia no está todavía bien probada, puesto que algunas variedades que habían resistido en el principio, han sucumbido después, y que las que resisten hoy pueden sucumbir mañana por la influencia que el clima paulatinamente ejerce sobre su constitución interna; 2.º, que todas favorecen extraordinariamente la multiplicación de las generaciones epigaeas del insecto procedentes del huevo de invierno, lo que es cierto por lo menos respecto á algunas variedades; M. Boiteau ha visto hembras poner en agallas, sobre hojas de *Taylor* hasta 600 huevos, mientras sobre las asiático-europeas raramente la descendencia de una hembra pasa de 80 á 100 individuos; 3.º, que los vinos que proceden de las mejores clases de esas uvas, tienen un sabor *sui generis* que repugna á los consumidores y que se transmite en parte á los vinos que proceden de las vides europeo-asiáticas ingertadas sobre aquéllas.

El congreso filoxérico que se verificó en Montpellier los días 4, 5 y 6 de Setiembre último, había sido convocado y

organizado por los partidarios de las vides americanas, con el propósito de convencer á sus adversarios; y parece que á pesar de todos los esfuerzos de los primeros, el éxito no ha sido completo. Muchos concurrentes han marchado más perplejos que habían venido, si bien otros se han entusiasmado á la vista de algunos resultados obtenidos en las cercanías de Montpellier, y especialmente en la escuela de agricultura de La Gallarde.

El problema está lejos de estar resuelto. Para nosotros las vides americanas no constituyen todavía sino una esperanza y un recurso extremo en el caso que no se logre conservar los antiguos vidueños. La verdad es que todos los productos de las vides americanas que hemos probado hasta ahora, dejan mucho que desear, y que en nuestro sentir los grandes vinos de la Europa desaparecerían ó sufrirían un gran descenso en su calidad, si hubiéramos de ingerir las variedades que las producen sobre las recién venidas. El *Listan*, ingertado sobre el *Cordifolia* ó el *York-Madeira*, no debe, en nuestra humilde opinión, producir los grandes vinos de Jerez que han hecho la reputación de ese renombrado viñedo.

Sin embargo, dirémos que en esta ocasión, como en todas las cuestiones agrícolas, se debe experimentar, y experimentar bien, antes que sentar una afirmación absoluta. Puede ser que entre las variedades resistentes á la filoxera se encuentren algunas que sirvan de patron á nuestros vidueños, sin alterar las cualidades del producto. Es una nueva serie de ensayos que se debe emprender en el plazo más breve posible, para el caso de que se necesitase recurrir á ese medio extremo.

La doctrina que hoy día parece prevalecer en Francia es que no se deben introducir las cepas americanas bajo ningún pretexto ni aun por medio de simiente en las comarcas preservadas hasta ahora; pero esta prohibición absoluta, que tiene su razón de ser para el público en general, que podría cometer imprudencias, no impide que los hombres de ciencia hagan las experiencias puramente necesarias, puesto que las vides americanas no engendran espontáneamente la filoxera. Por pepitas no hay el menor peligro; por estacas tampoco lo habría, tomándose las debidas precauciones; sin embargo, creemos que la introducción exclusiva por simiente es más segura.

Entre tanto reproduciremos un escrito que ha dirigido á la sociedad de agricultura del Hérault, M. Laliman, propietario de Burdeos é infatigable propagador de las vides americanas. Es un notable resumen de los resultados obtenidos en la Gironde con aquellas cepas que siguen lozanas y vigorosas en la viña de M. Laliman, en medio de las francesas, moribundas ó muertas ya por efecto de las picaduras del insecto. Pero debemos advertir á nuestros lectores que las variedades que prosperan cerca de Burdeos no dan siempre idénticos resultados en otras regiones. Pasará mucho tiempo antes que se conozcan bien las exigencias de cada variedad americana; respecto al terreno y al clima y que puedan colocarse todas en las condiciones que mejor convienen á sus necesidades. Lo mismo podemos decir acerca de la poda y cultivo. Los métodos actuales, ya defectuosos para las vides asiático europeas, no pueden aplicarse en ninguna manera á las de origen americano de más poderosa vegetación. La viticultura, por consecuencia de la aparición de la filoxera, va á sufrir una transformación radical en sus bases esenciales.

En otro número daremos á conocer los trabajos del Congreso filoxérico de Montpellier, y un resumen del estado de la cuestión en el Mediodía de Francia.

E. M.

VIDES AMERICANAS

QUE HASTA EL PRESENTE HAN RESISTIDO EN EL DEPARTAMENTO DE LA GIRONDA Á LA FILOXERA, Y VARIEDADES OBTENIDAS DE SIMIENTE.

Muchos viticultores del Mediodía me piden datos y noticias sobre la calidad y resistencia de ciertas vides americanas; y para contestarles, he determinado dirigir una respuesta colectiva á la Sociedad Central de Agricultura del Hérault, con el objeto de que se sirva, por medio de la imprenta, satisfacer á las diversas personas interesadas en el asunto.

La primera entre las cepas americanas y la que mejor resiste á las picaduras de la filoxera, es el *Cordifolia Solonis*, y después el que llamaré *Cordifolia Gaston Basille*. El uno es admirable sólo como patron para ingertar en él, porque da poca uva y muy pequeña: el otro puede servir para ingertar en él, y al mismo tiempo, si se le poda ampliamente, da muchos racimos, pequeños en verdad, pero que juntos componen sin embargo una buena cosecha en razón de su gran número, y preciosos por la calidad del vino (1). Estos dos tipos deberían, á nuestro entender, servir de base para la hibridación de las mejores vides francesas, á las que comunicarían sin duda gran resistencia contra la filoxera y el oidium, como también gran coloración á los vinos y precoz madurez al fruto.

En la primera categoría colocaré además la *York-Madeira* y la *Taylor*; la primera es, en mi opinión, una cepa híbrida que necesita buen suelo para vegetar bien, cuya condición da convenientemente una uva roja y estimada; puede asimismo servir de porta-ingerto á nuestras vides: la segunda es una cepa de la subvariedad de las *Riparias*, muy vigorosa; se acomoda á todos los suelos y puede servir de patron para ingertar en ella; se la acusa de poco fértil, lo que en las mías han desmentido los hechos: únicamente es preciso que tenga cierta edad para producir con abundancia, como asimismo generosa poda: su vino es blanco y muy bueno; mezclado con el *Delaware* es notable.

(1) Su color aventaja el del *Jaques*.

En fin, la *Cliton* obtenida por mí con la simiente de un grano de esta uva, debe ser colocado en esta misma serie. Ni una planta siquiera se perdió, y su vigor es tanto, que sea como patron para ingertar en ella, sea como productora de vino, me parece incomparable. Causa admiración general y he creído deberla poner un nombre simpático á la viticultura meridional; la he llamado *Cliton Vialla*. Su hoja es más ancha que la del *Cliton* ordinario, su racimo mucho mayor, madura pronto; su vino me parece superior al que produce la antigua *Cliton*; en fin, el sarmiento es mucho más grueso, y sobre todo, más largo; está al abrigo del oidium desde hace diez años, y en mis viñas ha sido atacado por la filoxera y la ha resistido completamente.

Después de estas cinco clases de vides, colocaré en segunda línea como resistentes algunos *Estivalis*, tales como el *Jacquez*, que el Congreso vinícola de Montpellier ha querido nombrar de *Jacquez-Laliman*, sin duda en oposición á ciertos *Jacquez* que se venden en el comercio y no tienen ninguna relación con aquél.

El *Jacquez-Laliman*, como el *Lenoir*, de que hay también imitaciones, principalmente en los viveros de Erfurt (Prusia), pertenecen al tipo *Estivalis*, hasta el presente muy resistentes á la filoxera; son hermosas uvas negras que he calificado de *tintoreras de las tintoreras*.

Estas cepas, aunque no resistieran á las picaduras del insecto, tendrían valor en vista de la calidad superior de su uva, su madurez precoz, su gran abundancia y su resistencia al oidium (1).

Son (dicen sin razón) difíciles de prender por estaca; que las ingerten, pues, en un sarmiento de *Cordifolia* ó sobre un *Taylor*, y se aumentará así su vigor y su vegetación, que se hará más segura.

Según mi opinión, éstas son las dos estrellas americanas.

En la misma categoría y la misma raza colocaremos las *Waren* ó *Herbement*, las *Long* ó *Cunningham* y ciertas híbridas tales como la *Cornucopia*, la *Wilder*, etc., y en fin, entre las *Risparias* la *Clinton*.

La tercera categoría debe componerse del excelente y precioso *Delaware*, híbrida de que algunos individuos sucumben y otros resisten: esta vid, siendo inapreciable por la calidad de su fruto y de su vino, podrá tenerse la seguridad de salvarla ingertándola en una planta de *Cordifolia* ó de *Taylor*.

La *Cynthiana* debe figurar al lado de la *Catawba*; ésta es muy preciosa por la calidad de su vino, y sobre todo, como productora de excelente agardiente; pero así como de todas las híbridas que no han sido cultivadas desde hace bastante tiempo no se puede decidir con seguridad sobre su grado de resistencia: tales son, la *Baxter*, la *Alvey*, la *Lindeley*, la *Allen*, la *Lagau*, etc., etc., que en caso de necesidad podrían salvarse ingertándolas como lo hemos indicado respecto á la *Delaware* sobre estacas de *Taylor*, si ellas no resistiesen por sí solas.

Además de estas series, hemos obtenido por semillas de *Estivalis* un vidueño menos vigoroso que la *Lenoir*, menos abundante, menos colorado; pero tan resistente al oidium como á las picaduras del Aphys, y que llamaremos *Dumas*: esta vid tiene fruto negro, sin pulpa, de muy buen gusto; es bastante abundante: su fruto tiene bastante semejanza con el francés llamado *Merlot*. Hemos obtenido también otra uva blanca sin granos, fruto notable, al que hemos nombrado *Drouyn de Lhuys* (2).

En fin, terminaremos con una vid blanca, que sin darnos al primer aspecto los tesoros en calidad y cantidad que nos ofrecen las precedentes, nos parece, sin embargo, merecer, pues vive rodeada de muertas y moribundas y se conserva hasta el presente muy bien. La llamaré *La Fabre*, porque procede de un semillero, y está hasta el presente innominada.

Tales son las vides resistentes en primero, segundo y tercer término en nuestro viñedo; pero sin tener la temeridad de asegurar el porvenir; hacemos constar el pasado y llamamos la atención sobre un semillero de *Labrusca* blanca, que hasta el presente ha sido el único de su especie que haya resistido, y que llamaremos *Labrusca Planchon*.

Añadiré que se encontrará probablemente en los *Mus-tang* de Texas la misma resistencia, si hemos de juzgar por un ejemplar que poseo.

La *Katarka*, la *Lomsianna*, la *Rulander*, vides de origen europeo, pero naturalizadas en América, deberán, según creo, gozar del mismo privilegio de resistencia, puesto que no se mueren en el Misouri, según dicen, y se hallan indemnes desde hace un siglo. Cultivadas otra vez de nuevo en nuestro continente, probarán mejor que las controversias si el *Pamphygus* americano era ó no antiguamente el mismo insecto que nuestra *Vastatrix* europea.

Todos las *Labruscas* de América y las *Scupernonges*, según lo escribimos en 1869, deben ser decididamente desechadas de nuestros cultivos como no resistentes á las picaduras de los pulgones; sola la *Tokalon* parece ser resistente entre sus congéneres.

Cuanto más estudio las vides americanas, más me convengo que deben plantarse en cuanto sea posible en los terrenos en que la filoxera esté menos extendida, y aún más bien donde no exista todavía. El insecto arrojándose en sus

raíces nacientes las perjudica enormemente, compromete su vitalidad y retarda algunas veces durante muchos años su vegetación normal, lo que ocasiona más de una decepción (1). Mientras que cuando la invasión no se declara hasta dos ó tres años de plantadas, las múltiples raíces de muchas variedades de vides exóticas ofrecen una resistencia que hasta ahora nos parece incontestable y nos permite la esperanza de creer en la resurrección de nuestros viñedos.

En cuanto á la importación de la filoxera por estas vides, es imposible por los sarmientos ó estacas, con tal que no tengan raíces, y el ejemplo de los señores Pulliat, de Chiroubles; Vilmorin, de París; del general Martin, de Pallieres, en el alto Marne; Guérin, de las Charentes; Durieu de Maisonneuve, de Burdeos; De Vivie de Loty, Garona, etcétera, etc., prueban que llegando de Georgia misma con raíces no traen pulgon, por más que lo diga la Academia.

Nos resta sólo hacer notar que el orden de resistencia que hemos atribuido á las expresadas vides se estudió en la Gironda en nuestro cercado desde hace diez años; que tal cepa, como el *Clinton*, por ejemplo, puede en otros países tomar el primer rango como lo ha tomado en el *Hérault*, el *Ardeche* y el *Gard*.

En el Var, el *Lenoir*, el *Jacquez* y el *York* no tienen rivales; y en el Drome, son el *Jacquez*, la *Cordifolia* y la *Taylor*.

Es necesario, pues, proseguir los estudios y observar todas las vides que hemos indicado, desde 1869, como resistentes en los terrenos más diversos en que se les introduzca; es el mejor consejo que podemos daros.

LALIMAN.

P. D. Todas las *Cordifolias* no resisten; la variedad de hojas lisas, imitando las *Scupernonges*, muy frágil; conviene atenerse á las dos *Cordifolias* antes descritas.

BIBLIOGRAFÍA.

El *Libro de la Montería es el Tratado de Venación de Don Alfonso el Sabio*, por D. Felipe Benicio Navarro.—Madrid, imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y Compañía, 1878.

* Con laudable celo, generoso intento y general aprobación de los doctos, emprendió no há mucho el distinguido escritor, Sr. Gutierrez de la Vega, la publicación de la *Biblioteca Venatoria*, colección de libros que en manuable y elegante forma ha de reunir cuantos tratados y disertaciones se han escrito en nuestra patria acerca de la caza en diferentes épocas.

Reducidos todavía al manuscrito en que por vez primera se dieron á luz, y alejados de la general consulta, en antiguas bibliotecas existían muchos de estos tratados, sin haber gozado todavía de los beneficios de la imprenta, á que tan acreedores les hace su indisputable mérito. Así es que el señor Gutierrez de la Vega al emprender, con feliz consejo, su publicación, no sólo presta grato solaz á los aficionados á los deportes venatorios y á los placeres cinegéticos, sino que rinde importante servicio á los interesados en las importantes investigaciones bibliómanas que estudian el origen de las literaturas, el desarrollo intelectual y el estado de la cultura en otras épocas al apreciar los monumentos literarios que como preciosa herencia nos han legado pasadas generaciones.

Si la oportunidad no nos ha permitido ser de los primeros en la alabanza, no ha de impedirnos ahora, que nos ofrece ocasión propicia, ser de los más entusiastas en elogiar la empresa y en felicitar al ilustrado editor, por el esmero con que la realiza.

Uno de los primeros libros de tan apreciable colección había de ser, por su mérito, por la época de que procede y por su fama, el *Libro de la Montería*, y así ha sido en efecto; pero á este libro, como á otros de su tiempo, van unidas importantes cuestiones literarias que su publicación no podía menos de suscitar.

De cuantas obras existen de aquel sabio y desdichado rey D. Alfonso X, tan afortunado en las letras como desgraciado en los negocios públicos, pocas hay que no susciten dudas acerca de si fué el renombrado monarca ó fueron los sabios de que se rodeó los que las escribieron. La *Vida de San Fernando*, el *Libro de las Armellas* ó *Tratado de la Esfera* y el *Cuadripartito de Ptolomeo*, son atribuidas más á su protección que á su pluma; apé-

nas existe la duda de que no puso la mano en la obra de filosofía y alquimia titulada *Del Tesoro*; á Ja'come Ruiz se concede más paternidad que á él en las sabias colecciones de leyes que ilustran su reinado, y sólo pasan por reconocidamente suyas las *Cántigas* á la Virgen y las *Querellas*, en que inmortalizó sus cuitas, pues la *Gran conquista de Ultramar*, narración de la guerra de las Cruzadas, la tomó de Guillermo de Tiro; la *Versión de la Biblia al idioma vulgar* no hizo más que iniciarla, y las *Tablas Astronómicas*, que aún hoy se admiran, á pesar de los adelantos de la ciencia, responden más bien á la ilustración de que judíos y musulmanes gozaban en aquel tiempo, que á la rudeza de la atrasada cultura castellana.

Una de las obras que la crítica no había disputado á D. Alfonso era el *Libro de la Montería*, que autoridades tan legítimas como la de Amador de los Rios y Lafuente Alcántara tenían por el *Tratado de la Venación*, escrito por el docto monarca, que concedió tan preferente atención al ejercicio de la caza, que consideraba la distracción más propia para aliviar de penas el espíritu, el recreo más conveniente para descansar de los trabajos intelectuales, y la tarea más adecuada á los caballeros que habían de servir con sus armas á la patria.

Disintiendo del parecer de los ilustres críticos citados, el Sr. Gutierrez de la Vega, en el discurso preliminar que, como prólogo, precede al tomo I del *Libro de la Montería*, sostiene la opinión de que éste no se escribió sino en tiempos de D. Alfonso XI, muchos años después de que bajase á la tumba el sabio autor de las *Partidas*. Esta opinión tan sincera, como en nuestro concepto infundada, ha dado origen al notable folleto que para impugnarla ha publicado con el título que sirve de epígrafe á estas líneas, el ilustrado y erudito escritor Sr. Benicio Navarro.

Tuvieran todas las obras del rey de Castilla, emperador de Alemania que fué, iguales defensores, y nadie podría disputarle con asomo de razón el título de autor que por muchos se le niega.

El Sr. Benicio y Navarro ha publicado un erudito y concienzudo trabajo. Para llevarle á cabo se trasladó á la Biblioteca del Escorial, y con una paciencia y una erudición de benedictino, no muy comunes en los trabajos literarios de nuestro país, ha consultado los célebres códices procedentes de la biblioteca de Diego Hurtado de Mendoza que tratan del asunto, y comparándolos con los de la nueva edición, nota hasta los más insignificantes errores cometidos en la copia, y se eleva á considerar, con irrefutables razones, los que en el transcurso del tiempo, y con traslaciones, arreglos y encuadernaciones se han cometido en el original.

Pero no sólo en los datos materiales que la paleografía le proporciona se funda el Sr. Benicio Navarro para robustecer la opinión de D. Emilio de Lafuente Alcántara y de Amador de los Rios, é impugnar la del Sr. Gutierrez de la Vega. Después de ganar en este terreno el pleito, prueba con razones históricas, que no pudo escribir D. Alfonso XI el tratado que el Editor de la *Biblioteca Venatoria* le concede.

Ni D. Alfonso XI tuvo las aficiones literarias que su ilustre antecesor, ni las revueltas de su reinado, que se señalan con la derrota de la escuadra ante Gibraltar, con el asedio de Algeciras, con la batalla del Salado, con el socorro de Tarifa, y con todos aquellos turbulentos sucesos que comenzaron con la muerte de D. Fernando IV, y con los trastornos de una minoría en que se disputaban el poder D. Alonso, señor de Molina y hermano de doña María, el infante D. Felipe, tío del rey, y el famoso D. Juan Manuel.

Puede llamarse batallador á Alfonso XI, puede aún pasar el calificativo de *Prudente* que Mariana le concede, pues algo necesitó de esta virtud para conocer un tanto á una nobleza á quien su menor edad, cuando ocupó el trono, hizo poderosa; pero ningún historiador ni ningún crítico podrá considerar al hijo del Emplazado con las dotes literarias que revela el curioso libro de *Montería*.

La circunstancia de no mencionarse en el tercer libro que *habla de los montes de todo el Señorío de Castilla et Leon et algunos de los reynos de Granada* y no menciona los del término de Tarifa y de Algeciras, que no eran de dicho dominio en tiempo del rey Sabio, es también muy digna de tenerse en cuenta.

(1) Colocamos en la primera serie las cepas que han sobrevivido á todas las que las rodeaban. En la segunda, las que han resistido, pero que no se hallaban en medio de las otras vides que han muerto.

(2) Esta cepa desgraciadamente no resiste, pero es á nuestro parecer tan preciosa, que no dudamos en recomendar su ingerción sobre *Cordifolia* ó *Taylor*: pocas uvas de mesa pueden compararse á la *Catawba* debería salvarse por el mismo procedimiento, como igualmente la *Cynthiana* y la *Noronta*, que no resisten tampoco, aunque se las juzga como resistentes. Esta es la historia de la *Concord*, que en la actualidad muere en América, según Mr. Busch, y declaración reciente de Mr. Riley, después que había ya muerto entre nosotros en 1869, como lo habíamos anunciado. La historia de la *Scupernong*, de la *Maratwey* y de la *Harte-fort Pralific*, de la *Jece de Perkin*, etc., prueba que la filoxera no ha estado en el Misouri hasta después del viaje de Mr. Planchon, porque estas viñas habrían desaparecido hace siglos si el insecto que las mata ahora fuese originario de América, siendo así que sólo desde hace tres años se mueren en el Nuevo Mundo.

* Este ejemplo, y otros muchos, prueban que es una ilusión creer que se salvarán las vides por la reproducción por simiente.

(1) Las personas que deduzcan de nuestros prudentes consejos la confesión de la no resistencia de las vides americanas que recomendamos, padecerán un error; porque poseemos de estas vides ingertadas, desde hace doce ó quince años con vides francesas que resisten, aunque todas las demás hayan muerto al rededor de ellas.

Estos doctrinarios harían bien en decirnos después de cuántos años empieza á adquirirse la certeza de las cosas de este mundo: por esto sólo garantimos el pasado. Las plantaciones preventivas que aconsejamos ayudarán singularmente al buen éxito en el porvenir.

No es nuestro ánimo seguir minuciosamente al Sr. Gutiérrez de la Vega en su *Discurso preliminar*, ni en su notable refutación al Sr. Benicio Navarro. Nuestro objeto es sólo manifestar nuestro asentimiento con las opiniones de este distinguido escritor, y señalar su folleto á la ilustrada consideración de los lectores de EL CAMPO, para quienes serán indudablemente muy apreciables por su índole estos trabajos.

J. E. ABASCAL.

ECOS DE PARIS.

En un periódico inglés se leen algunos detalles biográficos de la princesa Thyra, de cuyo casamiento con el Príncipe imperial se ocupa la prensa europea.

La escena pasa en Milán en la primavera de 1872. Un rey está inclinado sobre el lecho de su hija agonizante. Los doctores le han dicho que no hay esperanza y que se prepare á un desenlace fatal. Es la fiebre tifoidea la que ha atacado á la jóven; sólo su madre no pierde la esperanza. La princesa Thyra, que era la enferma, es la penúltima hija del rey Cristian IX y de Luisa de Dinamarca. Nació el día de San Miguel de 1853, y fué bautizada con los nombres de Thyra, Amalia, Carolina, Carlota, Ana. Thyra es un nombre histórico en los anales de Dinamarca. La historia nos enseña que la reina Thyra Dambrod, que brilló por el año 940, estableció una muralla que señalaba los límites de Danewerke para oponerla á las agresiones teutónicas, y esta muralla, que quedó en pie durante mil años, fue arrasada por los alemanes.

No creemos exista una familia cuya educación haya sido más esmerada que la de la casa reinante de Dinamarca.

La Princesa está al frente de todas las instituciones de caridad del país, y el asilo de Copenhague recibe á menudo sus visitas. Como lingüista y música, la Princesa es igual á su hermana la futura Reina de Inglaterra. La Princesa ha visitado á su hermana Dagmar en Rusia y Alejandra en Inglaterra. Ha viajado mucho y se ha creado amigos y admiradores por donde ha pasado.

Parece decidido que la gran fiesta que debe dar el Mariscal en el Château de Versailles, tendrá lugar el 22 de Octubre. La Mariscala ha hecho ya varias visitas allí, para preparar la organización de la fiesta.

La *Revista Militar* y el *Omnium* han sido los acontecimientos de la quincena. En ambos sitios la concurrencia ha sido numerosa y escogida, sin que se haya notado esto en la Exposición, donde el número de visitantes fué de 123.000.

En las tribunas levantadas para presenciar la gran revista, se veía á la Mariscala con vestido de faya azul, guarnecido de encajes, y sombrero con espigas; la Marquesa de Hinisidal, vestido de foulard blanco con túnica recogida, bordada de flores, y *jaquette* de tela de Dinamarca con chorrera de encajes; Mme. de Fesenzac, vestido medio corto de faya gris, chaleco de pèkin gris y blanco, y cuerpo de tela japonesa gris y plata; Mme. de Senneterre llevaba un vestido de paño militar azul, con botones dorados chatos, muy de circustancia, y para concluir, un vestido inglés que gustó mucho; la bella lady Stanhope, llegó á las dos con vestido de faya verde oscuro, con bordados azul cielo; en la cabeza, sombrero de fieltro Devonshire.

La Princesa de Gales ha puesto de moda los abanicos grandes de moaré blanco. Cuestan muy caros, pues son obra de un gran señor, que es también un gran artista. Firma el Conde Nils, y sus dibujos son muy raros. La Princesa tiene dos abanicos de él, uno en que su nombre, Alejandra, se halla mezclado con las ramas de lilas; el otro, dibujado sobre faya crema, es una maravilla. Representa Windsor, Balmoral y la isla de Wight. La emperatriz Eugenia tiene otro, en que, por una delicada atención, figuran los sitios de los días felices, Compiègne, Fontainebleau, Saint-Cloud, El Bois, Biarritz.

El casamiento del Marqués de Breteuil con Mlle. Constance Castelbajac se ha celebrado con gran asistencia de amigos y parientes.

Los testigos de la novia eran el Duque de Rivas y el de la Rochefoucault-Liancourt; del novio, los Duques de la Tremouille y D'Harcourt.

El Príncipe de Gales y la emperatriz Eugenia le han hecho magníficos regalos.

Este año se llevan más alhajas que nunca; después de haber copiado el estilo de las encontradas en Pompeya, se buscan hoy los modelos en las tumbas escandinavas. Los anillos de boda ó alianzas, por el estilo de los encontrados en la isla de Bornholm, en forma de cuerda torcida y sin soldar, uniéndose los dos cabos uno sobre otro, lo que permite ensanchar el anillo cuando engruesa el dedo. La cruz Alejandra también está muy de moda; esta cruz, copiada exactamente del dibujo de la encontrada en Dinamarca, la ha llevado la primera la Princesa de Gales; es de forma muy curiosa y lleva en cada punta una figura esmaltada de rojo, verde y azul.

El estilo bárbaro es el más buscado hoy en joyería; y para de día, las monturas de plata han reemplazado á las de oro.

El *porte-bonheur*, ó brazaletes más nuevo, se compone de tres círculos unidos por cadenas; uno de ellos está claveteado con perlas, otro con turquesas y otro con diamantes.

Las piedras más estimadas son las estrellas de zafiro y rubíes.

Los hombres se han contagiado de esta pasión de llevar alhajas, y muchos llevan brazaletes.

Los muchos duelos que ha habido en las cortes, han hecho inventar espléndidas *toilettes* negras, y las señoras se han encontrado tan bien, que el negro está de favor para paseo y aun para baile. Todas las señoras elegantes se visten como las castellanas del siglo XVI.

En el Eliseo y algunas embajadas ha habido varias comidas.

El Embajador de Inglaterra dará en Octubre una gran fiesta con motivo de la venida del Príncipe de Gales. En los círculos diplomáticos se habla mucho de un proyecto de casamiento entre el Rey de Holanda y la princesa Emma de Waldech, tercera hija del Príncipe reinante de Waldech. La Princesa tiene veinte años, y el Rey de Holanda sesenta y uno. Parece que este matrimonio ha encontrado algunos inconvenientes, y se duda si llegará á realizarse, por más que el Rey ha dicho que pronto presentaría la Reina á sus súbditos.

La Exposición sigue tan favorecida por el público; cada día llegan más extranjeros que vienen á admirar tanta maravilla.

El otro día fui á acompañar á un amigo que quiso subir en el globo cautivo, y á la vuelta me refirió el siguiente cuento que oyó allí:

Un pasajero estaba muy enfadado porque, á pesar de su buen anteojo, no distinguía en el horizonte un objetivo que buscaba.

—Pero ¿qué busca V.? le decía Godard para calmarle.

—Mi mujer. Le he teleografiado la hora de la ascension para que se ponga á la ventana.

—Pero ¿dónde está situada su casa?

—En Nuremberg (Alemania).

Cuando me lo contó, lo miré despacio, pues dudé si sería andaluz.

Un periódico de Milán, *La Roggione*, da la siguiente noticia:

«Paris, 10 de Agosto.—En el Bois de Boulogne tuvo lugar la ceremonia de poner la primera piedra para el puerto de agua dulce.» El Bois de Boulogne lo confunden con la ciudad de Boulogne, y el lago, con el Océano. Esto es peor que el que tomó al Pireo por un sabio.

Por los periódicos extranjeros se ve que abundan los Mesías, pero ninguno como Joé Smith, el fundador de la secta de los Mormones. Había reunido un gran número de prosélitos á orillas del Lago Salado, anunciando que andaría sobre las aguas. Una vez reunido el público, les dice:

—No puedo realizar este milagro, si no teneis una gran fe. ¿Creeis que marcharé por el Lago?

—Sí, sí, respondieron los concurrentes.

—Entonces, contestó Joé Smith, poniéndose el sombrero, es inútil que haga la prueba. No perdamos el tiempo y vámonos á nuestros negocios.

En la playa, á las diez de la noche.

Tres personas se pasean: dos caballeros juntos, y algunos pasos detras, una jóven.

Un caballero (*mirando al cielo*).—Verdaderamente, Vénus está soberbia esta noche.

El otro.—Perdon, es Júpiter.

—No, señor; es Vénus.

—Os aseguro que es Júpiter.

La jóven (*aparte y admirada*).—Preciso es que tengan buena vista para poder ver que es varón y no hembra.

El viernes fué la 100.^a representación de *Coco* en Nouveautés, y el juéves, con la 238.^a del *Petit-Duc*, ha entrado en contaduría un millon novecientos nueve francos.

El 1.^o de Octubre se abrirá el Ambigu con la *Jeunesse de Louis XIV*, de A. Dumas, con decoraciones y trajes nuevos.

El negro Marcousso, que trabaja con los leones en la Porte Saint Martin, está enamorado de una jóven, que no corresponde á su pasión, y ha jurado matar á los leones y después suicidarse. El empresario, á quien proporcionan pingües ganancias la exhibición de los leones, está que no descansa, vigilando á sus huéspedes y tratando de consolar al negro.

Los directores y actores de Nouveautés han festejado la 100.^a representación de *Coco*, con un alegre almuerzo en el delicioso Enghien, donde pasaron gran parte del día.

En las Folies Bergère siguen haciendo furor los Hanlon-Lees. Un periódico parisiense, *Le Figaro*, trae la siguiente noticia biográfica de la familia: «Los Hanlon-Lees son originarios de Irlanda y desde pequeños demostraron sus buenas disposiciones para la gimnasia, tanto que John-Lees, célebre profesor, se encargó de su educación.

Bajo la dirección de este eminente dislocado recorrieron el antiguo y nuevo mundo, festejándolos en todas partes. En España, estos pequeños prodigios, el mayor no tenía ocho años, hicieron furor. La reina Isabel los colmó de regalos, y la Condesa de Teba los llevó al Prado en su caruaje.

En Constantinopla dieron una representación en el serallo, á la que asistieron, ocultas por las celosías, las mujeres del Sultan, el que los autorizó, en razón á su edad, á entrar en el haren, sin ningunas condiciones. Las odaliscas les hicieron una recepción espléndida, los examinaron con curiosidad y no los dejaron marchar sin colmarlos de caricias, regalos y mimos.

Los Hanlon recuerdan aún hoy estos momentos de su niñez.

Empezaban á ser hombres cuando su profesor y guía casi paternal murió en la Habana, dejándoles su fortuna, que se elevaba á 300.000 francos. Pero los legatarios, sabiendo que el difunto dejaba parientes pobres, les hicieron espontáneamente cesión de la mitad de la herencia, y continuaron sus peregrinaciones, añadiendo á su nombre el de su profesor, como queriéndole asociar á sus futuros triunfos.

Encontrándose jóvenes aún con una fortuna, tuvieron la idea de descansar, y compraron á orillas del Hudson una gran propiedad en la que recogieron todos sus parientes, decididos á concluir sus días en aquel tranquilo retiro; pero al año de aquella vida sintieron la nostalgia del trapicio, y acostumbrados á moverse en el aire, no se hallaban andando por la tierra. Renunciaron á las delicias del *far niente* y volvieron á recorrer el mundo, siendo admirados por todos y obteniendo una medalla de oro del general Sherman, con el título de campeones de los Estados-Unidos de América, aclamados en todas partes y tratados á la vez como artistas y *gentlemen*.

En Marsella los contrató Mr. Sari para París, donde en-

contraron en el público el favor de que ántes habían gozado.

Una noche, y sin darle más importancia que una especie de pasatiempo, tuvieron la idea de aumentar el programa de sus ejercicios gimnásticos haciendo una corta pantomima improvisada. Esta tentativa sin pretensión obtuvo gran éxito y les hicieron que la repitieran.

Esto les inspiró una nueva idea. ¿Por qué continuar arriesgando nuestra vida en los ejercicios que hacemos, cuando la casualidad nos traza un nuevo camino de triunfos? Y de gimnastas se hicieron pantomimistas.

Hoy los cinco hermanos forman una Compañía completamente organizada; cada uno tiene su misión especial, además de la interpretación general del repertorio.

Jorge, el mayor de ellos, es el director administrativo, el que firma las contratas y discute los intereses y escoge los empleados.

William es el autor, y pasa su vida inventando situaciones fértiles en batacazos.

Edward es el maquinista; Alfred, el encargado de la parte musical y constructor de instrumentos raros.

Llegados á su apogeo, habiendo ganado grandes sumas, llenos de gloria, poseyendo en América grandes propiedades, su alegría es encontrarse en su casa de New-York, en medio de su rica colección de regalos, que constituye para ellos un verdadero museo. Allí tienen expuestas las cachemiras del Rajah de Mysore, el juego de ajedrez de la Reina de España, el neceser de concha de la de Portugal, y una pipa, de valor de 500 dollars, regalo del Emperador del Brasil.

En la Exposición.

Un señor pregunta á una jóven para qué sirve un instrumento que está expuesto en su tienda.

—Es un *clyso-chocolatera*, caballero.

—¡Ah! ah!

—Sí, señor: después de haber preparado el aparato así, se le echa el chocolate en pedacitos, y agua; se enciende la lámpara de espíritu, y diez minutos después, gracias á este resorte, el chocolate sale hirviendo con fuerza por este conducto.

—Muy bien; ¿y en el otro caso?

—En el otro caso sólo se pone agua en el recipiente. Cuando está caliente, se tiene lo que se desea, solamente....

—Solamente que....?

—Solamente es preciso cambiar la boquilla del conducto.

—¡Caramba! ¿me toma V. por un hombre capaz de servirme del mismo?

NEDOC.

NOTICIAS GENERALES.

El Jardín Zoológico de Gand ha sido teatro de un terrible espectáculo. Una señora arrojó un pedazo de pan en la jaula que encerraba á un gran oso y la hembra, la que cogió el pan; pero el oso se arrojó sobre ella para quitárselo. Los esfuerzos de ésta lo irritaron más, y en menos de diez minutos, á pesar de la intervención de los criados, la destrozó y ahogó. Entonces empezó una escena indescriptible, pues no había medio de hacerle soltar el cadáver de su víctima, que arrastraba de un lado á otro, huyendo de los hierros ardiendo y duchas que le lanzaban con una bomba de incendios. En fin, después de una hora y media de trabajo consiguieron separarlo del cadáver de la hembra.

El 15 de Octubre empezará la Exposición de productos y utensilios de las industrias lecheras, y del 10 al 30 de Setiembre y del 1.^o al 15 de Octubre habrá otra de frutas.

La recolección de cereales en España ha sido desigual; escasa en algunos puntos y abundante en otros.

En Inglaterra es mayor que la del año pasado. En Francia ha dejado mucho que desear. En Italia, mejor que el año anterior. En las provincias del Danubio, de buena calidad, pero escasa. En Turquía, abundante. En Rusia y Alemania, mediana en cantidad y calidad. En Suiza, escasa. En Holanda, buena.

Sociedad Real de Agricultura de Inglaterra. El concurso anual de esta Sociedad tendrá lugar en Julio de 1879 en Londres, y será internacional. Hay premios para las clases siguientes de animales y productos extranjeros. Todos los expositores, cualquiera que sea su nacionalidad, podrán concurrir en las clases de animales y productos, especialmente ingleses.

Caballos. Perdeerons, normandos y demas caballos de carga y arrastre extranjeros. Caballos de silla, mulas, asnos.—*Bueyes.* Durhams, charolais, normandos, bretones, holandeses, suizos, españoles y portugueses, y demas razas extranjeras propias para matadero. Otras para la producción de leche.

Cárneros. Merinos, cárneros (no merinos) de cualquier raza criados fuera de Inglaterra.

Cerdos, cabras, lúpulos y otros productos agrícolas extranjeros.

El Correo de Lyon da cuenta de un caso nuevo de envenenamiento producido por las setas. Una vecina de Oullins había preparado un plato de ellas, y pocos momentos después de la comida se manifestaron síntomas de envenenamiento en cuantos las habían comido. Llamado con prontitud el médico, sus eficaces cuidados lograron salvar á cinco, pero no á la autora involuntaria del accidente, que sucumbió presa de algunos dolores. Las setas eran de las llamadas de dos cabezas.

La feria de Valladolid se ha visto poco concurrida. Tam-

bien las malas corridas de toros han alejado á los forasteros, perjudicándose bastante el comercio y la industria de aquella capital. Por varias faltas ha sufrido la Empresa unas cuantas multas.

La provincia de Huelva ha sido la primera, según parece, que ha remitido á la Dirección los datos referentes á la langosta, de los cuales resulta que se hallan infestados once términos municipales en una extensión de 3.000 hectáreas.

En breve empezarán los trabajos de excaricación y extinción.

En Jaén parece que se han dado varios casos de cólicos y envenenamientos de resultados de comer peces muertos con dinamita.

La rapidez extraordinaria con que se multiplican los conejos amenaza llegar á ser un mal en las colonias inglesas de la Australia. El conejo fué introducido en Tasmalia hace apenas medio siglo; los colonos que los trajeron de Inglaterra estaban lejos de imaginarse que introducían un pequeño animal que ahora ha venido á ser una amenaza y un peligro para los labradores.

La legislación del país se ha visto obligada á intervenir, pero hasta ahora sin resultado. Los cultivadores procuran exterminar los conejos por todos los medios posibles; los matan á tiros, los cogen con lazos y hasta los envenenan por el invierno. Llegan pieles de conejo en masas á Inglaterra, donde se pagan á 20 y 30 céntimos por libra para hacer sombreros de seda.

En las regatas que se verificaron hace pocos días en Bayona, ganó el primer premio ofrecido por la Sociedad Náutica la lancha *San Pedro*, patron Valentin Sarria, de Pasajes de San Pedro, y el segundo, otra lancha de Pasajes de San Juan. Nuestros guipuzcoanos han dejado tan alto su nombre, que en las regatas que poco después se anunciaron en Biarritz, al que se presentaron los nuestros, ningún otro quiso luchar.

Hemos recibido el número 43 de *La Naturaleza*, publicación ilustrada cuyo fin es poner al alcance de todos los adelantos científicos modernos. El sumario es el siguiente: El gran globo cautivo de M. Henry Giffard (continuación).—El puerto de Gibraltar y sus fortificaciones.—Los equinos recientemente descubiertos en Nueva-Guinea.—El faro de Arm-men (Finisterre).—El sondeaje al diamante.—Miscelánea.—El bombix del álamo y del sauce.

Este número contiene 13 preciosos grabados, entre ellos los siguientes: Sombra del gran globo cautivo proyectada en la bruma sobre París el 3 de Agosto de 1878.—Cúspide del peñasco de Gibraltar.—Vista general de Gibraltar.—Acantoglosos de Bruijn.—Vista exterior de la máquina expuesta en Filadelfia en 1876, para el sondeaje al diamante.

Las condiciones de impresión de *La Naturaleza*, así como su importancia innegable, nos excusan hacer de ella mayores elogios. A pesar de las ventajas que presentan sobre todas las demás publicaciones de su género en España, cuesta sólo la suscripción 80 rs. al año. Se remite un ejemplar al que desee convencerse de las condiciones excepcionales de esta Revista pidiéndolo en la Administración, Pizarro, 15, Madrid.

NOTICIAS DE LA SOCIEDAD.

La costumbre, según está universalmente reconocido, es una segunda naturaleza que nos impulsa casi instintivamente á seguir los trillados caminos de la rutina.

Cambiar, innovar, dejar los antiguos hábitos para tomar otros nuevos, es una de las cosas más difíciles para los pueblos y para los individuos.

La tradición tiene en esto su más poderoso apoyo.

Cuando en los risueños días de Mayo se publicaron los programas de las nuevas ferias, se decretó la muerte de las antiguas cortando con las prescripciones del decreto los usos de la tradición.

Pero ha llegado Setiembre, y los antiguos puestos de muebles viejos, juguetes y frutas se han extendido como siempre por el paseo de Atocha, y los carruajes no han dejado de desfilar, como todos los años, por delante de las verjas del Botánico.

La tristeza tiene sus atractivos como la alegría, y si en los espléndidos días de la primavera buscamos la luz, los perfumes, el aire, en las tristes tardes del otoño nos dejamos seducir por la melancolía de las sombrías alamedas.

El Botánico es el más triste de nuestros jardines públicos, y la gente le ha hecho instintivamente su paseo de otoño. Parece que la muerte de la naturaleza se hace menos sensible allí donde no la hemos visto brillar con todos sus encantos.

Ningún contraste más notable que el que ofrece el triste paseo, en boga estos días, y la animada concurrencia que le puebla.

Los elegantes trenes, donde vuelven á hacer su aparición las notabilidades del mundo elegante que han vuelto ya de sus expediciones veraniegas, se destacan en aquel estrecho y mezquino paseo, como brillantes notas de color sobre el fondo oscuro y sombrío de un cuadro.

Se diría que á las galas de la naturaleza que se marchitan, se oponen las del suntuoso lujo que domina en la vida de la ciudad.

Las modas recientemente adoptadas, las novedades adquiridas á peso de oro en los almacenes del Louvre, en las tiendas del Palais Royal, en esos templos de la caprichosa deidad levantados á orilla del Sena y tan visitados este año, comienzan á exhibirse.

Un observador tiene ancho campo para sus meditaciones, considerando atentamente estos paseos de otoño con que se inaugura la vida del invierno en la capital.

Así como en el campo, cuando llegan los días de la primavera, rompe la crisálida la pesada cárcel en que ha estado envuelta, y trasformada en brillante mariposa se lan-

za á los torbellinos de la vida, en la ciudad se ven aparecer en estos días tipos nuevos que se lanzan al bullicio del mundo.

El matrimonio que se unió en los primeros días del verano y pasó en el campo las delicias de la luna de miel; el provinciano que recogió ya la anhelada herencia que ha de gastar alegremente; el bolsista ganancioso en las últimas liquidaciones, que se propone extender más sus negocios, y hace de sus trenes prospecto de su crédito; la niña que salió ya de la monótona vida del colegio para no volver á encerrarse entre sus tristes paredes, testigos de los juegos de su infancia y de los primeros sueños de su adolescencia; la cortesana nueva; el extranjero que va de paso á sus hogares; todos éstos aparecen en estos días como nuevos personajes sobre el tablado, llamando la atención y excitando los comentarios.

En cambio, no vuelven á aparecer muchos que sucumbieron en las luchas de la vida; los que se arruinaron por empeñarse en sostener un lujo que no correspondía á su fortuna; los que sufrieron los reveses de la suerte en los negocios; la mujer que, viviendo sólo por su belleza, ha visto destruidos sus encantos.

De éstos, unos ocultan en el fondo de apartados pueblos su ruina, otros desaparecieron por completo.

La crónica de los suicidios ha sido muy larga este verano.

Como brillantes meteoros han lucido muchos por un momento en el mundo y han desaparecido luego, no dejando en pos de sí ni un recuerdo.

¿A cuántos de los que vemos aparecer estos días les tocará desaparecer en el año próximo?

Esas rizadas plumas, esas matizadas cintas que hoy se lucen en lujosos atavíos, formarán el año que viene los montones de los puestos de la feria que surten á la vanidad pobre con los desechos del lujo.

Todo lo que se exhibe en las barracas de la feria tradicional de Madrid, los muebles usados, las ropas procedentes de empeño, los libros viejos, tiene un sello marcado de tristeza que recuerda la palidez livida del libertino, el despertar de una orgía, la impresión que producen los primeros rayos de un triste sol de invierno al descubrir las descoloridas tintas de las flores artificiales que adornan una cabeza despeinada; pero nada hay tan triste como esos viejos y empolvados retratos que representan personajes de otra época, y que vemos estos días colgados de los árboles del paseo de Atocha anunciando los puestos de cuadros. ¿Con cuántas ilusiones se harían esos retratos en su tiempo! La dama que quiso perpetuar en él sus encantos, se retrató con sus más preciadas galas, adornada la cabeza con la ostentosa pluma de la magnífica cola del ave del paraíso, descubierto el incitante seno, y teniendo en la mano la carta que recibió con tanto anhelo.

En algún tiempo ese retrato despertaría ilusiones, por su posesión hubiera dado un hombre la vida, y hoy, viejo, roto el lienzo, descolorida la pintura, medio borradas por el polvo las facciones, parece ridícula caricatura que excita la risa.

¿Con qué orgullo se colocaría como principal adorno del estrado ese otro retrato que representa á un señor grave, ataviado con bordado uniforme ó con severa toga! Los hijos le guardarían como testimonio de la dignidad á que habían llegado los suyos, y hoy, de almoneda en almoneda, ha llegado á los puestos de la feria.

Los personajes que representan esos retratos desaparecieron en la tumba, los hogares que adornaron se hundieron en la miseria.

Antes de que esos retratos que hoy embellecen vuestra sala, ó que guardais entre paquetes de cartas en el fondo de vuestros cajones, lleguen á esa profanación, destruidlos. No condeneis á los que os lo dieron á la ignominia de la almoneda.

Con las nauseabundas antiguallas de los puestos de la feria contrastan las novedades que exhiben los escaparates de las tiendas de la capital.

En casa de Eguía, de Bach, en el *Buen Gusto*, en la *Dalia Azul*, en los almacenes de Rodríguez, se ostentan á porfía, ya las pintadas porcelanas de Sajonia, ya los preciosos adornos de tocador, ó los lazos, alfileres y caprichos, complemento de la *toilette*.

La Exposición de París ha inundado de novedades á Europa, y esos almacenes son como la sucursal del gran certamen en Madrid.

¿Habeis pensado alguna vez en las delicias de adornar el cuarto que deseariais para morada de una persona querida? Elegir los colores más de su agrado, los muebles más caprichosos y elegantes, el espejo en que había de mirarse, el sitio que pondriais cerca de la chimenea, el lujo de que la rodearía nuestro cariño, suelen ser faenas con que la imaginación se entretiene muchas veces en sus horas de devaneos.

Si os veis obligados á realizar estos deseos, pasad por casa de Baudevin ó de Prevot, y no echaréis de menos nada de lo que ambicione el deseo.

De novedades, al presente, poco. En la pasada quincena ha vuelto mucha gente, y el expres del Norte trae todos los días nuevos expedicionarios.

Adelaida Ristori comenzará el día 2 sus representaciones en el teatro de Apolo.

Terminamos esta crónica dirigiendo nuestro afectuoso saludo á la eminente artista que vuelve, después de muchos años, á aparecer en nuestra escena.

LA KASAB.

NOCIONES DE JARDINERÍA.

Numerosas son todavía á principios de este mes las flores que adornan nuestros jardines; pero no tardarán las primeras escarchas en castigar muchas de ellas, y la prudencia obliga á entrar en los invernáculos las más delicadas que se quieren conservar para el año siguiente, como son las *achyranthes*, *coleus*, *begonias*, *heliotropios*, *geranios*, etc.; al mismo tiempo se hacen los últimos esquejes de las mismas especies, aunque es preferente tenerlas ya arraigadas desde el último mes pasado.

Gran número de las que hemos recomendado sembrar en Agosto y Setiembre deben trasponerse ó *picarse* en parajes más ó menos abrigados, según sus exigencias, cuando no lo han sido ya anteriormente. Los resultados dejan siempre mucho que desear cuando las jóvenes plantas han de pasar el invierno en el mismo semillero, mientras las flores serán tanto más tempranas, abundantes, grandes y de más vivos colores, cuantas más veces se habrán trasplantado. Para obtener pensamientos buenos no basta tener buenas simientes; es preciso, además, repetir esta operación. Su influencia es tan grande, que las plantas nacidas de una misma clase de semilla, pero que unas se habrán mudado de sitio dos ó tres veces de sitio, y las otras habrán permanecido donde han nacido, no parezca tener el mismo origen.

Todavía es tiempo de sembrar al aire libre algunas especies, como las *amapolas*, *adornideras*, *carraspique*, *clarkias*, *collinsias*, *espejos de Venus*, *crepis*, *anthera morada*, *godetia*, *matricaria de flor doble*, *espuelas de caballeros*, *nemophylla*, *guisantes de olor*, *violetas*, etc.

Se separan y se trasplantan todas las plantas vivaces que no lo han sido en los meses anteriores. No debe aplazarse esta operación hasta el invierno, y menos hasta la primavera, porque entonces las flores pierden mucho en desarrollo y belleza.

Se acaban de plantar en los macizos y platabandas y en tiestos todas las cebollas de *jacintos*, *tulipanes*, *azafranés*, *narcisos*, *seyllas*, *mascaris*, etc., que empiezan á brotar. Nada ganan quedando fuera de tierra las cebollas.

Aconsejamos el colocar los tiestos de esas mismas plantas durante cinco ó seis semanas en un sitio oscuro y relativamente frío, para retrasar la salida de las hojas y tallos mientras las cebollas echen fuertes raíces. En este caso se riega poco, cuidando que la tierra esté solamente ligeramente húmeda. Con estas precauciones los *jacintos*, sobre todo, ostentan más hermosas flores.

Debe practicarse lo mismo con las cebollas que se colocan sobre vasos llenos de agua, cambiando ésta con frecuencia y echando en ella pedazos de carbon de leña para que no se corrompa.

E. M.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

Tirada extraordinaria del día 19 de Setiembre de 1878, á las cinco de la tarde.

- 1.º *Match*.—En 3 pichones.
Sr. Duque de Huéscar.—001.—G., á 26 metros.
Sr. D. Rafael de Imaz.—000, á 20 metros.
- 2.º *Piña*.—En 5 pichones: cada tirador á su distancia, 3 tiradores.
Sr. Duque de Huéscar.—4/4. G., á 27 metros.
3.º *Piña*.—Igual á la anterior.
Sr. Conde de Gomar.—4/5. G., á 26 metros.
4.º *Piña*.—Igual á las anteriores.
Sr. Duque de Huéscar.—5/5. G., á 28 metros.
Tomó también parte en estas piñas el Sr. Marqués de Casa Ramos.

La tirada terminó á las seis y media.

AVELINO.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 14 á 14,50 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 42 á 46 céntimos de peseta. El carbon, á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 17 á 18,50 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 pesetas. El trigo, de 13,51 á 13,56 fanega. Y la cebada, de 7,36 á 7,37 fanega.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion del cuadrado del número anterior.

I.				
S	e	d	a	m
e	r	e	b	o
d	e	d	a	l
a	b	a	t	e
m	o	l	e	s

Para dar la solución en el próximo número.

I.

- 1.º Célebre revolucionario.
- 2.º Dios de los poetas.
- 3.º Accion de un verbo que denota humildad.
- 4.º Propiedad de un Dios y de las aves.
- 5.º Espectáculo nacional.

PROPIETARIO.

D. J. Luis Albareda.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a
(sucesores de Rivadeneira),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

ANUNCIOS.

FLORE.

Des Serres et Jardins de l'Europe.—Anales generales de Horticultura comprendiendo todo lo que concierne á la jardinería de utilidad y recreo, el cultivo de las plantas de estufa y de jardín, el de las plantas comestibles, árboles frutales y forestales, descripción de las plantas recientemente introducidas en los jardines, exámen de las cuestiones de historia natural, meteorología y física general que interesen más directamente al cultivo, relaciones de viajes, etc.

Obra fundada en 1845 por Mr. L. Van Houtte.

PRECIO DE LA SUSCRICION.

Por tomos conteniendo más de 100 grabados de color y gran número de viñetas en el texto, franco de porte, 38 francos.

En la Exposición de la Sociedad Real de Horticultura de Florencia obtuvo esta obra una medalla de oro.

Dirigir los pedidos, en carta franqueada, á Mr. Louis Van Houtte, propietario del establecimiento horticola de Gendbrugge, GAND (Belgica).

GUANO NATURAL DEL PERÚ.

Dirigirse á D. José Eusebio Rochelt.

BILBAO.

LAS INDUSTRIAS AGRÍCOLAS.

TRATADO DE LAS QUE SE EXPLOTAN EN ESPAÑA

Y DE TODAS AQUELLAS QUE PUEDEN SER VENTAJOSAMENTE EXPLOTADAS.

POR

D. FRANCISCO BALAGUER Y PRIMO,

ingeniero industrial, químico y mecánico.

Consta esta obra de dos tomos en 4.º con 1.550 páginas y 410 excelentes grabados. En ella se tratan con la debida extension las industrias siguientes: Materias textiles vegetales.—Molinería y panificación.—Almidones, féculas y pastas.—Azúcares.—Vinos ordinarios, espumosos, de frutos, etc.—Cervezas.—Gaseosas.—Alcoholes.—Vinagres.—Gomas, resinas y esencias.—Industria del corcho.—Materias tintóreas.—Fabricación y refinación de aceites.—Leches, mantecas y quesos.—Albúmina, gelatina y colas.—Conservas de carnes, pescados, legumbres, etc.—Apicultura.—Industria de la lana.—Sericultura.—Piscicultura y ostricultura.—Abonos generales y artificiales.—Gallinicultura.

Precios: 124 reales en Madrid y 132 en provincias. Los pedidos á la librería de los señores viuda é hijos de Don J. Cuesta, Madrid, calle de Carretas, 9, remitiendo su importe en libranzas.

LOS VINOS Y LOS ACEITES.

Revista quincenal del cultivo de la vid y del olivo, de la fabricación de los vinos y aceites y del comercio de estos caldos en España y el extranjero.

Se publica desde 1.º de Enero los días 15 y 30 de cada mes, constando de 12 páginas de texto en folio con grabados y 4 de anuncios.

Precios de suscripción: en Madrid, 12 rs. trimestre.—En provincias, 14 rs. trimestre, 26 semestre y 50 un año, remitidos en libranza á los editores viuda é hijos de D. J. Cuesta, Carretas, 9, Madrid.

ARMAS Y EFECTOS DE CAZA.

ALCALÁ, 5, MADRID.

Especialidad en cartuchos de todos los calibres para escopetas centrales y Lefauchaux.

CAMINOS DE HIERRO DEL NORTE.

Combinación de trenes en las líneas de Irun, Santander y Bilbao con las de Alsásua, Zaragoza, Barcelona y viceversa.

BARCELONA, ZARAGOZA, PAMPLONA Á VITORIA.					VITORIA Á BARCELONA.				
Barcelona..	Salida..			8m.	Vitoria..	Salida..	6m.30	2t.27	
Zaragoza..	Llegada..			8n.16	Alsásua..	Llegada..	7 26	3 37	
	Salida..	5m.15		10 20		Salida..	2t.45	7n.14	
Castejon..	Llegada..	8 20		1 33	Pamplona..	Llegada..	2 32	9 1	
	Salida..	8 50		1 43		Salida..	3 39	9 11	
Pamplona..	Llegada..	11 59		4 49	Castejon..	Llegada..	6 43	12 13	
	Salida..	1 12		4 59		Salida..	7 13	12 27	
Alsásua..	Llegada..	3t.		6m.51	Zaragoza..	Llegada..	10n.18	3 31	
	Salida..	5 54	7m.35	11 40		Salida..		7m.03	
Vitoria..	Llegada..	6 48	10 25	12 52	Barcelona..	Llegada..		7n.20	
BARCELONA, ZARAGOZA Á ZUMÁRRAGA, SAN SEBASTIAN, HENDAYA.					IRUN, SAN SEBASTIAN, ZUMÁRRAGA A BARCELONA.				
Barcelona..	Salida..			8m.	Hendaya..	Salida..			
Zaragoza..	Llegada..			8n.16	Irún..	Llegada..			
	Salida..	5m.15		10 20		Salida..	7m.30	2t.30	
Alsásua..	Llegada..	3t.		6m.51	San Sebastian..	Llegada..	8 08	2 57	
	Salida..	3 47		7 31		Salida..	8 23	3 07	
Zumárraga..	Llegada..	4 45		8 22	Zumárraga..	Llegada..	10 21	4 46	
	Salida..	4 53		8 27		Salida..	10 29	4 51	
San Sebastian..	Llegada..	6 40		10 02	Alsásua..	Llegada..	11 30	5 49	
	Salida..	6 55		10 16		Salida..	12t.45	7n.14	
Irun..	Llegada..	7 30		10 43	Zaragoza..	Llegada..	10n.18	3 41	
	Salida..	7 45		10 55		Salida..		7m.03	
Hendaya..	Llegada..	7 50		11	Barcelona..	Llegada..		7n.20	
ZARAGOZA Á BURGOS, PALENCIA, SANTANDER, VALLADOLID, BILBAO.					BILBAO, VALLADOLID, SANTANDER, PALENCIA, BURGOS Á ZARAGOZA.				
Zaragoza..	Salida..	5m.15			Bilbao..	Salida..	6m.40		
	Llegada..	8 20			Valladolid..	Llegada..			
Castejon..	Salida..	8 40				Salida..	6m.10		
	Llegada..	10 57			Santander..	Llegada..			
Logroño..	Salida..					Salida..	2t.		
Miranda..	Llegada..	1t.45			Palencia..	Llegada..			
	Salida..	2 36				Salida..	6m.30		
Burgos..	Llegada..	5 35			Venta de Baños..	Llegada..	7t.12		
	Salida..	5 50				Salida..	7 27		
Venta de Baños..	Llegada..	8n.15			Burgos..	Llegada..	10n.		
	Salida..	8 30				Salida..	10 15		
Palencia..	Llegada..	9 05	1n.45		Miranda..	Llegada..	12 55		
	Salida..		2 10			Salida..	2t.15		
Santander..	Llegada..	10 40			Logroño..	Llegada..	4 28		
	Salida..					Salida..			
Valladolid..	Llegada..	9n.34			Castejon..	Llegada..	6 55		
	Salida..	9 59				Salida..	7 13		
Bilbao..	Llegada..	6t.30			Zaragoza..	Llegada..	10n.18		